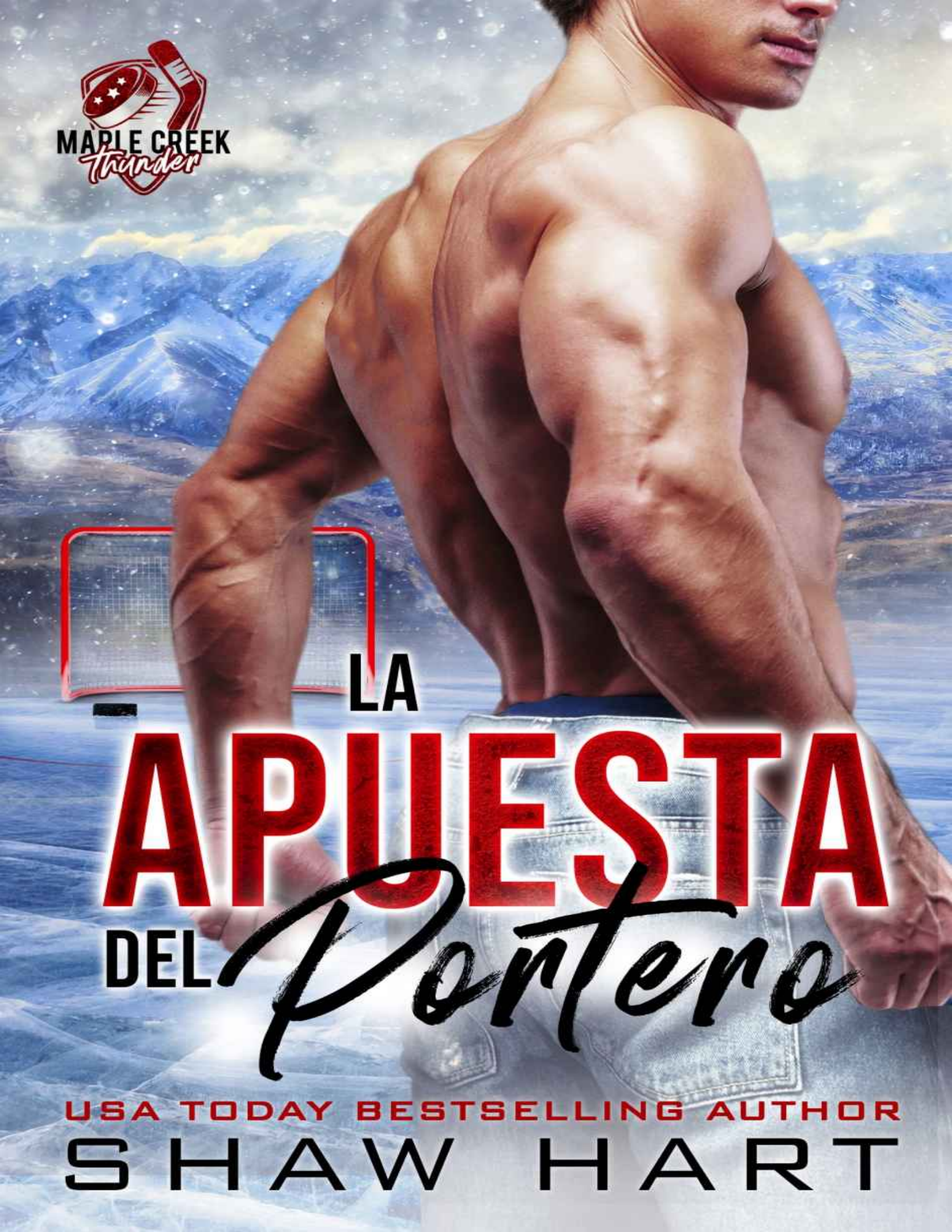

MAPLE CREEK
Thunder
LA
APUESTA
DEL
Portero
USA TODAY BESTSELLING AUTHOR
SHAW HART

LA APUESTA DEL PORTERO

MAPLE CREEK: THUNDER

LIBRO 2

SHAW HART

ÍNDICE

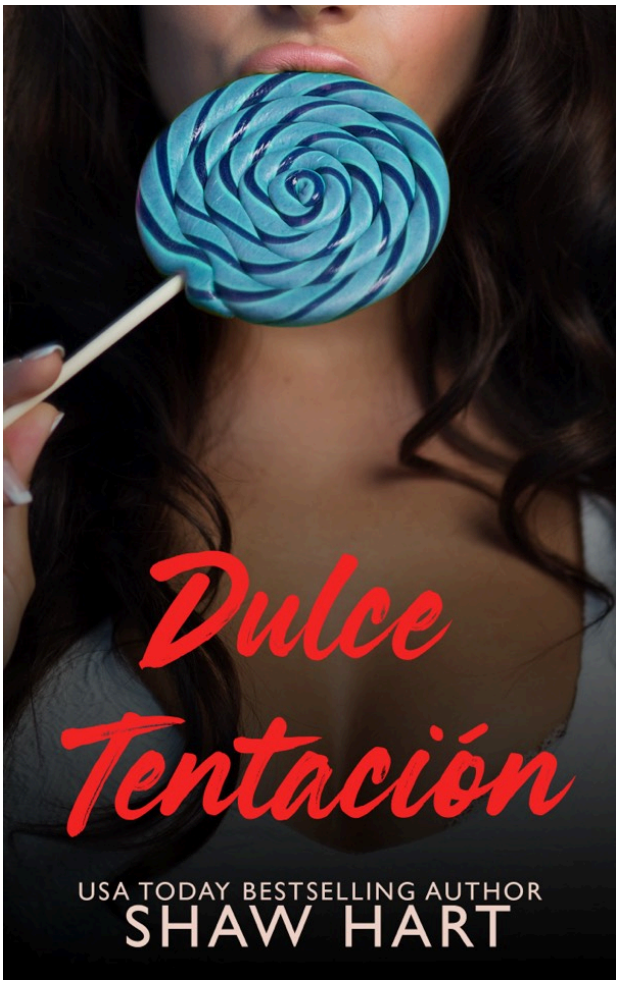
Want a free book?

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12

Want a free book?
Acerca del Autor
Series by Shaw Hart
Otras Obras de Shaw Hart

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro podrá ser reproducida en cualquier forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña de libro. No participe ni aliente la piratería de materiales protegidos por derechos de autor en violación de sus derechos. Todos los personajes y las historias son propiedad del autor y su apoyo y respeto son apreciados. Los personajes y eventos representados en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivos o muertos, es coincidente y no intencionado por el autor.

WANT A FREE BOOK?



You can grab Dulce Tentación Here.

Check out my website, www.shawhart.com for more free books!

*

CJ Morgan solo juega con una regla: nunca ir en serio.

Como el divertido portero de los Maple Creek Thunder, CJ es el rey de las bromas, los retos de vestuario y los momentos virales. Mantiene las cosas ligeras, relajadas y sin complicaciones, tanto dentro como fuera de la pista de hielo. Pero cuando una apuesta imprudente lo mete en un lío con la directiva, se ve obligado a enmendar su comportamiento. ¿Su castigo? Horas de servicio comunitario en el centro juvenil local, donde su reputación no significa nada y el personal no se deja engañar por sus encantos.

Sobre todo Olivia Walker.

Olivia no tiene tiempo para deportistas arrogantes, por muy irritantemente guapos que sean. Está demasiado ocupada intentando mantener el centro a flote y proteger a los chavales que dependen de él. Pero CJ no es lo que ella esperaba. Bajo esa chulería se esconde un hombre amable, protector e inesperadamente bueno con los adolescentes.

Cuando los Thunder necesitan una buena campaña de imagen, CJ sugiere organizar una recaudación de fondos y lía a Olivia para que se haga pasar por su novia en una campaña publicitaria. Es solo de cara a la galería. Un simple juego.

Hasta que los límites se desdibujan. Las sonrisas dejan de ser falsas. Y el portero que nunca apostó por el amor podría estar jugándoselo todo.

Un romance de hockey spicy y emotivo sobre una relación falsa, con un portero encantador, una heroína reservada, la esencia de la familia elegida y una apuesta que lo cambia todo.

UNO

CJ

EL PROBLEMA de las apuestas es que siempre parecen una buena idea en el momento.

Sobre todo cuando eres yo.

CJ Morgan. Portero de los Maple Creek Thunder. El rey del área. El santo patrón de las bromas y las malas decisiones.

Vivo por la emoción, las risas, los ánimos, el clamor de los chicos cuando hago alguna estupidez gloriosa. Mi filosofía siempre ha sido sencilla: tómatelo todo a la ligera. No te pongas muy serio, porque la seriedad implica presión; la presión, expectativas; y ¿las expectativas? Te aplastan.

Pero hoy… hoy, puede que me haya pasado un poco de la raya.

—Cien pavos a que no te lo bebes de un trago —me reta Ryder, deslizando el batido de proteínas por el banco del vestuario hacia mí.

El olor me llega antes de que la botella deje de rodar. Leche, plátanos pasados, lo que parecen Peta Zetas y… ¿qué coño?, ¿quizá atún? Alguien ha preparado una pesadilla en la batidora.

Lo miro, con una sonrisa formándose ya en mi cara. —¿Eso es todo? ¿Cien pavos?

Ryder sonríe con suficiencia. —Y el derecho a fanfarronear.

Inclino la cabeza hacia Logan Carter, nuestro capitán, tan taciturno él, que se está poniendo la camiseta como si fuera alérgico a la diversión. —¿Tú qué opinas, Capi? ¿Merece la pena el riesgo?

Ni siquiera me mira. —No lo hagas.

Lo que, obviamente, hace que me apetezca hacerlo más.

Declan Hayes se ríe desde su sitio mientras se ata los patines. —Te vas a arrepentir.

—¿Arrepentirme? —Mi sonrisa se ensancha—. No sé de qué me hablas.

Los chicos vitorean mientras cojo la botella, le quito el tapón y me la bebo entera de un trago. Está caliente, tiene grumos y sabe a muerte en una acera en verano. A mitad de camino me dan arcadas y se me saltan las lágrimas, pero la termino, golpeando la botella contra el banco como si acabara de ganar la Copa Stanley.

—¡Toma ya! —declaro, con los brazos abiertos—. A pagar, Mercer.

Jake Mercer, nuestro alero novato, parece impresionado y horrorizado a partes iguales. —Estás como una cabra.

—Como una cabra de lo genial que soy —corrijo—. Y todos vosotros dudabais de mí.

CJ: 1, Cordura: 0.

El vestuario estalla en carcajadas; la mitad me aclama y la otra mitad tiene arcadas por compasión.

Y entonces, porque el universo me adora, entra nuestro entrenador.

Las risas se apagan más rápido que una cita penosa de Tinder.

El entrenador Pearson se detiene en seco en la puerta, entornando los ojos mientras asimila la escena. Yo, de pie, triunfante, con una botella vacía de lo que solo puede describirse como un arma biológica, y los chicos intentando no ahogarse con la risa contenida.

Su mirada se clava en mí. —Morgan.

Sonrío, como si eso fuera a ayudar. —Hola, entrenador. Solo estaba… eh… ¿trabajando en mi resistencia?

El silencio es ensordecedor.

Logan resopla, pellizcándose el puente de la nariz como si le diera una jaqueca.

Al entrenador le tiembla la mandíbula. —A mi despacho. Ahora.

Resoplo mientras obedezco.

Su despacho huele a cuero, sudor y decepción. Me dejo caer en la silla frente a su escritorio, intentando mostrar un encanto desenfadado.

—Mire, antes de que diga nada, me gustaría señalar que, técnicamente, he ganado.

Pearson me mira fijamente. —¿Le parece que esto es divertido?

—Bueno… un poco.

—No lo es. —Se inclina hacia delante, con voz afilada—. Después del escándalo del año pasado, este equipo pende de un hilo. La directiva me está pisando los talones, los patrocinadores vigilan cada uno de nuestros movimientos, ¿y usted decide comportarse como un niñato de fraternidad delante de una cámara?

—¿Delante de una cámara? —parpadeo.

Gira el monitor de su ordenador hacia mí.

Joder.

Ahí estoy yo en gloriosa alta definición, por cortesía del móvil de alguien. El vídeo ya tiene miles de visualizaciones en las redes sociales. Los comentarios no paran de llegar: *El portero de los Thunder ha perdido la cabeza, Desafío de la leche de Maple Creek,* y mi favorito, *los porteros están hechos de otra pasta.*

—Vale —digo despacio—, en mi defensa, se suponía que eso no debía subir a internet.

La mirada de Pearson podría derretir el hielo. —En su defensa, es usted un idiota.

—Qué duro.

Él no se inmuta. —Tiene suerte de que la directiva no lo haya suspendido. En su lugar, han decidido un tipo de castigo diferente.

Me enderezo un poco. —¿Castigo? Como… ¿correr vueltas? ¿Ejercicios extra? Por favor, que no diga batidos de kale.

—Servicios a la comunidad.

Parpadeo, mi mente se queda en blanco por un segundo. —¿Cómo dice?

—Trabajará en el Centro Juvenil de Maple Creek durante los próximos dos meses. Tres días a la semana. Sin excepciones.

—Está de broma —le digo boquiabierto.

—¿Tengo cara de estar bromeando?

—Sinceramente, a veces sí. Tiene ese aire impasible.

Su mirada se endurece. —Una palabra más y lo convertiré en cuatro días a la semana.

Cierro la boca de golpe. Servicios a la comunidad. En un centro juvenil. A ver… ¿qué tan malo podría ser?

Lo descubro a la tarde siguiente cuando me presento en el Centro Juvenil con mi sudadera de los Thunder, la gorra hacia atrás y mi sonrisa más encantadora. Resulta que el centro juvenil no está impresionado con CJ Morgan, el extraordinario portero de la NHL.

El lugar es un gimnasio de ladrillo reconvertido con pósteres de niños sonrientes y frases motivadoras que se están despegando de las paredes.

La mujer que me espera en el vestíbulo no está sonriendo. —¿Cameron Morgan? —pregunta, con un portapapeles en la mano.

Hago una mueca. —CJ, en realidad. Nadie me llama Cameron.

Ella levanta la vista. Aguda, inquisitiva, nada impresionada. —Claro. Soy Jada. Sígame.

Hago lo que me dice, debatiendo si debo mirarla a los ojos mientras la sigo hasta un despacho. En la placa de la puerta pone Olivia Walker, Directora. Supongo que es a ella a quien tendré que rendir cuentas.

Más vale causar una buena primera impresión, pienso, respirando hondo y entrando en la sala.

Y así, sin más, el aire que acabo de coger se me congela en los pulmones.

Porque Olivia Walker… no es lo que esperaba.

Es guapísima, con un aire serio y formal. Pelo oscuro recogido en una coleta impecable, un jersey entallado que le hace cosas a mi concentración, y unos ojos que parecen capaces de cortar el acero.

—Buena suerte —murmura Jada antes de irse.

Asiento, distraído, mirando a su jefa como un idiota.

Cuando Olivia me levanta la vista, me asalta un pensamiento.

Quizá este castigo no vaya a ser tan fácil como pensaba, pero joder si no se va a poner interesante.

DOS

Olivia

HAY un truco para mantener a flote un lugar como el Centro Juvenil de Maple Creek cuando el tejado tiene goteras, el presupuesto es un número de equilibrismo constante y el contable del condado no para de recordarte que la pasión no es una fuente de financiación.

No es magia. Es triaje.

Aprendes a detectar la hemorragia y a detenerla rápidamente, aunque el apaño sea un trozo de cinta americana y una plegaria. Aprendes qué puede esperar y qué no. Aprendes que sonreír a los donantes requiere los mismos músculos que apretar los dientes en una reunión del ayuntamiento.

Y, desde luego, aprendes a no distraerte con atletas de sonrisa de cine y un don para meterse en líos.

—¿Olivia? —Jada asoma la cabeza en mi despacho y levanta las cejas en dirección al vestíbulo—. Ya está aquí. Y está como un tren —susurra con aire conspirador.

Claro que lo está.

Cierro la hoja de cálculo con la que llevo una hora peleándome —esa que insiste en que nuestra factura de los suministros es una hidra a la que le crecen dos nuevas partidas cada vez que elimino una— y respiro hondo. Me recuerdo a mí misma que esto es

temporal. Una semana, quizá dos, y los Thunder recordarán que son un equipo profesional, no una fraternidad universitaria, y dejarán de enviarme tareas disfrazadas de hombres.

—Hazlo pasar —digo.

No espera a que lo hagan pasar. CJ Morgan entra en mi despacho como si fuera suyo, con la sonrisa a tope y la sudadera de los Thunder abierta sobre una camiseta que dice PARO DISCOS (Y CORAZONES). La gorra hacia atrás es azul marino, la mandíbula es irritantemente simétrica y los ojos son del azul temerario de una tormenta de verano. Es todas las señales de advertencia a las que he aprendido a hacer caso desde que tenía diecinueve años y pensaba que el potencial podía pagar el alquiler.

Y, sin embargo, me siento atraída por él al instante.

Me aclaro la garganta, sacudiendo ligeramente la cabeza ante ese pensamiento descarriado.

—Buenas tardes, directora Walker —dice, apoyando un antebrazo en el marco de la puerta.

—Son buenos días —le digo con sequedad.

—Cierto. —Se deja caer en la silla frente a mi escritorio y sonríe como si fuera inmune a las consecuencias. Es una expresión que reconozco de algunos de los adolescentes que aparecen por aquí por primera vez, todo chulería y bromas, porque es más fácil que admitir que tienes miedo.

¿De qué tendría que tener miedo él?

¡No! No muestres interés en él. Está aquí para hacer de voluntario, y tenemos que centrarnos en el centro.

—Lo primero es lo primero —digo, deslizándole una tablilla con un sujetapapeles—. Somos un centro con obligación de denunciar. Leerá y firmará nuestras políticas. Los móviles, guardados cuando esté trabajando con los niños. Nada de publicar, ni grabar, ni hacer directos. Si ve algo peligroso, avise a un miembro del personal antes de intentar arreglarlo usted mismo. No necesitamos una demanda porque le dé por hacerse el Spider-Man.

—Eso es una calumnia, está claro que soy más del tipo Deadpool —dice, cogiendo el bolígrafo. Luego, al ver mi expresión, se pone serio—. Entendido.

—Tres días a la semana, después de clase y hasta el cierre. Ayudará donde necesitemos. Y será puntual.

—Soy muy puntual —dice, firmando.

—Su entrenador no estaba de acuerdo.

Con eso le arranco una sombra de mueca de dolor. Bien. Un ápice de responsabilidad bajo esa sonrisa.

Me pongo de pie. —Vamos a presentarlo.

El gimnasio es ruidoso, casi ensordecedor. Las risas rebotan en las paredes de bloques de hormigón; un balón golpea el aro; el sonido de un futbolín antiguo suena como un juguete de cuerda que exhala su último aliento. A un lado, dos tutores sacan a duras penas las fracciones a unos chicos de primero de la ESO que parecen sentirse personalmente traicionados por las matemáticas. En una esquina, un par de hermanas se encorvan sobre un portátil, discutiendo si su proyecto de programación debería tener un fondo rosa o uno rosa con purpurina.

—¡Eh, señorita O! —llama Malik, botando un balón de baloncesto tan rápido que es una mancha borrosa—. ¿Nos toca?

—Ya os ha tocado dos veces —digo, y sus amigos gritan porque la justicia es una moneda de cambio aquí, e intento mantenerla estable—. Dejad que los pequeños jueguen un rato.

Malik pone los ojos en blanco y entonces se fija en el hombre que está a mi lado. —Oye. ¿Ese es…

—Lenguaje —digo automáticamente.

—… CJ Morgan? —termina, con los ojos como platos—. ¿En serio?

—El que se bebió el batido de la muerte —añade otro chico, asombrado—. Mi hermano me enseñó el vídeo.

Miro a CJ.

Él levanta las manos. —En mi defensa, parecía una buena idea antes de que se calentara.

—Nada parece una buena idea cuando se calienta —le digo—. Bienvenido al gimnasio.

CJ pasa los siguientes treinta minutos demostrando que me equivoco en algunas cosas y que tengo mucha razón en otras. Se desenvuelve sin esfuerzo con los niños, demasiado esfuerzo. Se saca

un disco del bolsillo, lo hace girar en la palma de la mano y enseña a dos niños de quinto a colocar las muñecas como si llevara toda la vida enseñando. Se ríe con ellos, nunca de ellos. Se agacha a la altura de un niño que tartamudea y espera con paciencia a que salgan las palabras. Recuerda los nombres con una rapidez alarmante.

También convierte todo en una broma, un desafío, un numerito. Cuando empieza a animar un «Ave María desde medio campo por un Snickers gigante», intervengo.

—Nada de apuestas —digo.

—Es una chocolatina.

—Es por principios.

Suspira de forma teatral. —Debe de ser usted la alegría de la fiesta.

—Soy excelente en las fiestas que pagan nuestra factura de la luz —digo, y señalo con la cabeza el almacén—. Venga a ayudarme con las sillas.

—¿Es una metáfora? —pregunta esperanzado.

Ignoro la forma en que todo mi cuerpo entra en calor. —No —digo con sequedad.

Acarreamos sillas plegables por el gimnasio para la noche de lectura en familia que organizamos los jueves. Él coge tres pilas por cada una que cojo yo, como si quisiera presumir, y me niego a estar agradecida por lo rápido que termina el trabajo. La gratitud puede ser tan peligrosa como cualquier flechazo si la dejas suelta.

—¡Eh, señorita O! —Una pequeña figura se detiene derrapando cerca de nosotros. Es Bea, tiene ocho años y el pelo recogido en una docena de pequeñas trenzas que sobresalen como signos de exclamación alrededor de su cara—. Kayla no me deja usar el ordenador, y lo necesito para enviarle un correo a mi profe porque me ha devuelto mi redacción y ha dicho que necesita más conclusión.

—Más conclusión —repite CJ solemnemente—. Eso me lo dicen mucho.

Le lanzo una mirada antes de dirigirme a Bea. —Puedes usar el ordenador de mi despacho cinco minutos. Luego compartes con

Kayla. ¿Trato hecho?

Asiente y mira a CJ como si fuera una constelación. —Tú eres el portero. Paraste el *disparo de golpeo* de ese tío con la cara.

—Con la máscara —dice él, con la mano en el corazón—. Una diferenciación muy importante.

—Eres gracioso —anuncia ella, como si hubiera descubierto algo útil—. ¿Sabes escribir a máquina rápido?

—Soy el mecanógrafo más rápido de todo el reino.

—¿Más rápido que la señorita O?

Él duda.

—Buena respuesta —digo.

Bea se ríe. La envío hacia mi despacho y luego pillo a CJ observándome. No como los otros hombres que me han mirado mientras les decía lo que tenían que hacer —molestos, a la defensiva, calculadores—, sino con curiosidad, como si estuviera contando las piezas de un puzle y descubriendo una imagen que lo sorprende.

—¿Creció aquí? —pregunta mientras nos dirigimos a las estanterías de material.

—¿En Maple Creek? En su mayor parte —respondo—. No en este edificio. El centro antes era el sótano de una iglesia con paredes plegables. Nos mudamos aquí después de que la ciudad clausurara el centro recreativo.

—¿Y usted es… qué? ¿Un ángel con manoletinas que evita que todo se venga abajo?

—Los ángeles no escriben propuestas de subvención a las dos de la mañana —digo, bajando una caja de rotuladores—. Hacemos lo que podemos con lo que tenemos. El resto es buscarse la vida.

Él apoya una cadera en la estantería y me estudia. Lo siento incluso antes de encontrarme con su mirada: el cambio. Las bromas como armadura, topándose con alguien cuya armadura es la competencia.

—Vale, buscavidas —dice—. ¿Cuál es el peor fuego que está apagando esta semana?

No le debo honestidad, pero la forma en que lo pregunta —sin compasión, sin chulería de «yo lo arreglo»— hace que la verdad sea

más fácil que una evasiva. —¿El peor? Nuestro contrato de alquiler vence el próximo verano, y el casero puede sacarle más a un promotor que quiere poner pistas de *pickleball*. Así que estoy intentando recaudar para la entrada y comprar el edificio antes de que lo venda a nuestras espaldas. Además, nos han quitado la subvención de tutorías que usábamos para los becarios de matemáticas. Y el sistema de climatización se murió el lunes y resucitó como Lázaro el martes, así que rezo para que siga creyendo en los milagros.

Él silba por lo bajo y se queda callado un momento.

—*Pickleball* —dice finalmente con la gravedad de un diagnóstico —. Brutal.

Se me escapa una risa antes de que pueda evitarlo. Es pequeña y desleal a mis principios. También es humana. —Usted ha preguntado.

—Lo he hecho. —Asiente.

Por un momento, el gimnasio se reduce a nosotros dos y a la música poco glamurosa de la comunidad: zapatillas que chirrían, lápices que raspan, el tintineo de los vasos de plástico junto al dispensador de agua. Su sonrisa se suaviza hasta convertirse en algo parecido a la atención. Es peligrosa, esa mirada. Dice que es capaz de algo más que del caos.

—¡Eh, CJ! —llama Malik desde la línea de tiros libres—. ¿Juegas o tienes miedo?

CJ se endereza. La sonrisa se enciende de nuevo como un foco de estadio. Ahueca las manos alrededor de la boca. —No le temo a nada salvo a las abejas, a la temporada de impuestos y a tu gancho de izquierda, Mal. Pásame ese balón.

Se une a ellos. Yo vuelvo al despacho, donde Bea está picoteando el teclado como una gallina desconfiada.

—No tienes que escribir «Estimada Sra. Tran» cuatro veces —le digo con delicadeza, señalando—. Con un saludo es suficiente. Luego tu párrafo y después tu conclusión.

—Estoy añadiendo más conclusión —me informa Bea, con el ceño fruncido por la concentración.

—Claro que sí.

Cuando vuelvo a salir al pasillo, Jada está apoyada en el quicio de la puerta con dos vasos de papel con café y una expresión en la cara que dice que estoy a punto de tener que ser una persona, no una directora.

—Así que… —dice, ofreciéndome uno— nuestro ayudante por orden del equipo es… curioso.

—Es un personaje —digo, aceptando el vaso—. Pero les cae bien a los niños.

—A los niños también les gusta el algodón de azúcar. Eso no significa que sea nutritivo.

—Justo. —Soplo el café—. Veremos si aparece mañana. La constancia es nutritiva.

Jada carraspea. —¿Y tú estás bien?

Sé lo que me pregunta. No «¿Eres buena en tu trabajo?». Ambas sabemos la respuesta a eso. Quiere decir: «¿Estás bien con que un huracán con gorra irrumpa en tus rutinas? ¿Estás lo bastante serena como para hacerle hueco a alguien que pone tus reglas patas arriba?».

—Estoy bien —digo—. No tengo tiempo para no estarlo.

Me aprieta el codo. —Nunca tienes tiempo, Liv. Saca un poco de todos modos.

No le contesto porque tiene razón, y la verdad me sabe a ceniza en la boca. Vuelvo al gimnasio, al caos seguro que sé cómo pastorear. CJ le está enseñando a Malik a cuadrar los hombros al tirar. Se coloca detrás del chico, con las manos apoyadas con ligereza en los antebrazos de Malik, hablándole con suavidad y precisión. Cuando Malik encesta, CJ grita como si estuviera en un *inferioridad numérica* que vale un partido. Toda la cancha sonríe.

Me pilla mirándolo e inclina el ala de su gorra hacia atrás como si estuviéramos en un wéstern ridículo.

No, me digo. *En absoluto.*

—Vale, todo el mundo —llamo—. La hora de los deberes empieza en quince minutos. Si necesitáis merendar, cogedla ahora.

El coro de quejidos y gratitud es familiar. Los niños se dirigen al mostrador, donde Jada y Ezra reparten rodajas de manzana y barritas de cereales.

CJ se acerca al trote. —¿En qué puedo ayudar?

No es un coqueteo. Es una pregunta sincera.

—Puede fotocopiar estas fichas —digo, entregándole un fajo—. A doble cara, compaginadas.

—Compaginadas —repite, como si nunca en su vida le hubieran pedido que hiciera algo tan de adulto.

—Y puede recordarles a los mayores que los teléfonos van en la cesta durante la hora de los deberes —añado—. Fingirán que se les ha olvidado.

—Nunca se me olvidan las reglas —dice, y sonríe cuando levanto una ceja—. Vale, algunas reglas. Pero puedo ser un «matón».

—Por favor, no se llame así delante de los padres.

Se ríe y coge los papeles, dirigiéndose a la sala de fotocopias. Dos minutos después, oigo un golpe sordo, seguido de un ahogo ahogado que es o una tos o un intento de disimular una palabrota. Me dirijo hacia allí y lo encuentro mirando fijamente la máquina como si le hubiera insultado personalmente a su madre.

—Dice «atasco de papel» —me dice con seriedad—. Creo que la he enfadado.

—Todo el mundo la enfada —digo, y abro la bandeja. Saco una hoja arrugada y le doy un golpetazo al lateral de la fotocopiadora en el punto exacto que exigen los dioses de la maquinaria de oficina. La luz se pone verde.

Se queda mirando. —¿Eso ha sido… magia?

—Experiencia. Y dos vídeos de YouTube a medianoche.

Él ladea la cabeza. —Usted y yo tenemos aficiones de medianoche muy diferentes.

—Así parece.

Cuando las copias salen calientes y en benditas pilas compaginadas, las recoge como un premio y luego se detiene. —Gracias.

Levanto una ceja. —¿Por rescatarlo del tóner?

—Por darme la oportunidad de no fastidiarla.

Por un momento, vuelvo a ver debajo de las bromas, el nombre en el certificado de nacimiento y al niño que aprendió a ser ruidoso para que nadie viera el miedo.

—Sé que estoy aquí porque me lo he ganado. Preferiría ganarme otra cosa.

Me encojo de hombros. —Es trabajo, no una fiesta. Pero si viene y se esfuerza, me daré cuenta.

Asiente, tan serio como en un tiro de penalti. —Sí, señora.

—No me llame señora. Tengo veintiséis años.

—Respetuosamente anotado, jefa.

Casi sonrío. Casi.

La hora de los deberes es un caos controlado, lo que quiere decir caos con un temporizador. CJ deambula entre las mesas, repartiendo lápices y cumplidos como si llevara meses haciéndolo. Cuando ve a un niño frustrarse con una división larga, se sienta a su lado, se pone la gorra hacia delante como si fuera en serio y dibuja casillas hasta que el problema parece una pista de hielo. El niño se ríe.

A las seis menos tres, doy dos palmadas. —¡Tres minutos! Si estáis recogiendo, meted las sillas debajo de la mesa.

A las seis, los padres entran a cuentagotas con caras cansadas y sonrisas de alivio. Una madre con uniforme de sanitaria me da las gracias por asegurarme de que su hija fuera a la tutoría. Un abuelo me desliza un billete de diez y dice: «Para meriendas», como si fuera un delito secreto y generoso. Lo meto en la caja para gastos menores y le digo que importa, porque es verdad.

CJ se queda en la puerta, chocando los puños con los niños que se van como si fueran compañeros de equipo después de una victoria. Cuando el último desaparece y el gimnasio se sume en su suspiro nocturno, se vuelve hacia mí con una expresión tímida que no creo que haya aprendido delante de una cámara.

—Se me ha olvidado fichar al salir —dice, sosteniendo la tablilla como una confesión.

—Primer día —digo, haciendo una nota por él—. Ha llegado a tiempo. Se ha quedado hasta el final. Esos son los puntos que cuentan.

Cambia el peso de un pie a otro. Se encoge de hombros. —Ha estado… bien. —Suena sorprendido por la admisión—. Como… la parte del entrenamiento en la que puedes oír tu propia respiración y el mundo se vuelve simple.

—Simple —repito, pensando en la hoja de cálculo que me espera y en el correo electrónico del casero marcado como urgente—. Me alegro de que alguien haya encontrado simplicidad hoy.

Me estudia la cara, luego los rincones oscuros del gimnasio. —¿Qué puedo hacer antes de irme? ¿Sillas? ¿Basura?

—La basura estaría genial —digo, porque dejar que sea útil es más seguro que dejar que sea amable.

Sacamos las bolsas juntos al frío que empieza a colarse por Maple Creek al anochecer. El callejón huele a la pizzería de dos puertas más allá y a la lluvia de la semana pasada. Él ata un nudo con una mano porque es el tipo de persona que ata nudos como si estuviera coqueteando, y yo finjo no darme cuenta.

—¿Seguro que no necesita que la lleve? —pregunta cuando volvemos a la puerta.

—Seguro —digo—. Tengo más trabajo.

Asiente. —Cierto. Buscarse la vida.

Me apoyo en el marco y me cruzo de brazos. —Se ha acordado.

—Soy portero —dice—. Nos fijamos en las cosas.

—No siempre en las correctas.

—No —acepta, alegre y sin inmutarse—. Pero a veces tenemos suerte.

Se aleja bajando los escalones, caminando hacia atrás porque es constitucionalmente incapaz de hacer nada de la manera directa.

—La veré el lunes, directora Walker.

—No llegue tarde.

—Ni se me ocurriría.

Se da la vuelta en el bordillo, levanta una mano y luego desaparece, engullido por el neón del cartel de la pizzería y el oro de las farolas.

El gimnasio está en silencio cuando cierro la puerta con llave. La luz de la fotocopiadora parpadea con su pequeña y paciente luz verde. En mi despacho, la hoja de cálculo de los suministros sigue esperando como un desafío, y el correo del casero fulmina como el subtítulo de una película de terror. Me quito las manoletinas, me froto un pie contra el azulejo frío y me siento.

Mi móvil vibra. Un mensaje de Jada: *Es un problema.*

Respondo: *Nosotros no nos metemos en problemas.*

Tres puntos suspensivos. Luego: *Ha hecho que Malik se sienta como una estrella. Eso no es cualquier cosa.*

No lo es. Es el tipo de cosa que salva a un niño por un día, y a veces un día es la única unidad en la que se te permite medir el progreso.

Cierro los ojos una sola vez, para respirar. Luego los abro y empiezo otra solicitud de subvención. En la línea de «Describa la misión de su organización», escribo las mismas palabras de siempre: *Proporcionamos seguridad, estructura y posibilidades.* Añado: *Les decimos a los niños que no están solos.*

En algún lugar de la calle, el claxon de un coche suena dos veces, brillante y desenfadado, y no necesito mirar para saber quién es.

—No te encariñes —le digo a la habitación vacía.

La habitación no discute, pero el eco de las risas de los niños en el pasillo suena como un contrapunto.

Sigo escribiendo. He aprendido el truco del triaje. Primero detienes la hemorragia. No te detienes a catalogar el color de los ojos del hombre que te está pasando la gasa.

Y, desde luego, no te permites preguntarte si llegará temprano el lunes solo para que pongas los ojos en blanco y luego, que Dios te ayude, sonrías.

TRES

CJ

HE SOBREVIVIDO a prórrogas de los *playoffs*, a tanganas de las que vacían los banquillos y a una despedida de soltero muy borracha en Las Vegas que incluyó un toro mecánico y una banda de mariachis, pero nada, y digo nada, me hace sudar tanto como que me digan que tengo que ser «puntual» en los servicios a la comunidad.

Normalmente, no soy la persona más puntual, pero no quiero disgustar a Olivia. Es que tiene algo… Anoche no pude dejar de pensar en ella, y no es solo porque sea guapísima a rabiar. Hay algo en su actitud directa y en cómo me hace esforzarme para ganarme una sonrisa que me vuelve loco.

Nunca he prestado mucha atención a las mujeres. Estaba demasiado ocupado intentando ser el mejor portero de la liga. Sin embargo, cinco minutos con Olivia y no puedo dejar de pensar en ella. Sus curvas, esos ojos azul intenso, el vaivén de sus caderas…

¿Diría que sí si le pidiera salir?

Llego al aparcamiento agrietado del centro juvenil de Maple Creek dos minutos antes y siento que merezco una medalla. El móvil me vibra con el chat de grupo del equipo echando humo, pero lo

ignoro. No pienso darle a Logan la satisfacción de picarme por llegar tarde a mi *castigo.*

Además, tengo problemas mayores. Como el hecho de que Olivia Walker podría matarme con la mirada si la cago.

No puedo decepcionarla.

Respiro hondo, me coloco la gorra de los Thunder con la visera hacia atrás y entro.

El gimnasio huele a zapatillas de deporte, a palomitas y a la energía de los críos. Hay al menos veinte corriendo por todas partes, sus voces superponiéndose en un sonido que, extrañamente, resulta vivo, no molesto. Olivia está de pie junto a la puerta de la oficina, con un portapapeles en la mano, como la general de un ejército muy caótico.

Sus ojos se posan en mí. Ni impresionada ni decepcionada. Simplemente… evaluando.

—Has llegado pronto.

Me llevo la mano al pecho.

—Por fin se reconoce mi puntualidad.

Aprieta los labios para reprimir una sonrisa.

Sonrío y me apunto un tanto.

—Los niños están terminando los deberes. Después ayudarás en el gimnasio.

—¿Los deberes? —miro las mesas dispuestas a un lado del gimnasio. Fracciones, palabras que deletrear, tarjetas de historia—. Eso es un castigo cruel e inusitado.

—¿Para ellos o para ti?

—Sí.

Un chaval con una camiseta de los Thunder, de unos doce años, salta:

—¡Oye! ¡Tú eres CJ Morgan!

Sonrío y me siento en la silla frente a él.

—El único e inigualable. ¿Cómo te llamas?

—Ethan. —Tiene los ojos como platos—. Paraste ese penalti de Carter en la prórroga el año pasado.

—Ese soy yo —digo, bajando la voz en tono conspirador—. ¿Quieres que te cuente un secreto?

Se inclina hacia delante.

—No tenía ni idea de dónde estaba el disco. Solo me moví por instinto en la dirección correcta.

Ethan se ríe tan fuerte que la mitad de la sala se gira.

Su amigo le da un codazo con un lápiz.

—Te dije que no era para tanto.

—Eh, un respeto —protesto—. Soy increíble. Solo que hago que parezca difícil para que vosotros, los niños, no os sintáis mal.

Los chicos se parten de risa y yo me echo hacia atrás, satisfecho. Hacer reír a los críos es más fácil que parar un *slapshot*.

Para cuando termina la hora de los deberes, he conseguido explicar geografía, he perdido un concurso de deletreo contra una niña de nueve años y he dibujado un monigote en la hoja de alguien que, según juraba, se parecía a Logan.

Olivia me intercepta de camino al gimnasio.

—No puedes dar respuestas incorrectas solo por divertirte.

—Estaba haciendo las fracciones más interesantes —alego.

—Les has dicho que un tercio de una pizza es «el número más triste».

—¿Acaso me equivoco?

Se frota la sien como si yo fuera una jaqueca con patas.

—Solo… intenta dar buen ejemplo en el gimnasio, ¿vale?

—«Buen ejemplo» es mi segundo nombre —digo automáticamente.

Ella enarca una ceja.

—Estoy bastante segura de que me dijiste que era «puntualidad»… y «responsabilidad»… y James.

—Vaya —digo, sonriendo—. Te acordaste.

—Ni se te ocurra —replica mientras entorna los ojos.

Y, sin embargo, quiero hacerlo. Dios, sí que quiero.

Ignoro mis sentimientos y me dirijo al gimnasio.

La cancha de baloncesto es un caos. Niños corriendo de un lado a otro, el chirrido de las zapatillas, alguien gritando «¡falta!» cada treinta segundos.

Malik, el autoproclamado rey de la cancha, me ve y me lanza el balón.

—A que no la encestas desde aquí.

Ahí está. Mi criptonita. Un desafío.

Hago girar el balón en mis manos, fingiendo sopesar el reto.

—¿Qué me gano si la meto?

—Respeto —dice.

—No es suficiente. Tiene que ser algo más grande.

—Si fallas, tienes que ponerte uno de los petos que huelen a pies —grita otro niño.

La multitud estalla en vítores. Incluso Olivia, de pie junto a la pared con su portapapeles, parece que intenta no sonreír.

—De acuerdo —digo, botando el balón—. Preparaos para presenciar la grandeza.

Lanzo. El balón vuela, arco perfecto, salida preciosa… y golpea el aro.

El gimnasio explota en carcajadas. Alguien me lanza un peto de entrenamiento verde neón y gimo sonoramente mientras me lo pongo sobre la sudadera.

—Esto es un castigo cruel e inusitado —mascullo de nuevo.

—Las reglas son las reglas —dice Malik, sonriendo como si acabara de ganar la Copa.

Le revuelvo el pelo.

—Tienes suerte de que sea un hombre de palabra.

Pero cuando, más tarde, intenta una bandeja, le pongo un tapón limpio, y toda la cancha se queda boquiabierta.

—Lección número uno —anuncio—. No te vengas arriba.

Pende de cada una de mis palabras, y así transcurre el día.

Al final de la noche, estoy empapado en sudor, mi sudadera huele a vestuario reventado y me duelen las mejillas de tanto sonreír.

Mientras los niños se van marchando poco a poco, chocándome la mano y gritando «¡Adiós, CJ!», siento una extraña punzada en el pecho. De las buenas. Del tipo que normalmente solo siento sobre el hielo.

Olivia se acerca, con los brazos cruzados. Me estudia durante un largo segundo.

—Has estado… decente hoy —admite a regañadientes.

Me pongo una mano sobre el corazón.

—Cuidado, Olivia Walker. Cumplidos como ese se me suben directamente a la cabeza.

Ella niega con la cabeza, pero hay un atisbo de sonrisa.

—No te acostumbres. Te queda un largo camino por recorrer.

Me acerco más a ella y bajo la voz.

—Menos mal que tengo tres días a la semana para conquistarte.

Sus ojos se clavan en los míos, afilados y admonitorios, pero no se me escapa el rubor que asoma a sus mejillas.

—Para conquistar a los niños —corrige.

—Claro —digo con naturalidad, tirando del asqueroso peto—. Pero soy portero, Liv. Nosotros jugamos a largo plazo. Ahora, me muero de hambre. ¿Por qué no vamos a comer algo?

No responde, simplemente se da la vuelta y se aleja, pero la veo mirar hacia atrás antes de doblar la esquina.

Sí, le gusto tanto como ella a mí.

Ahora solo tengo que encontrar la manera de que lo admita.

CUATRO

Olivia

HAY correos buenos y correos malos. Los buenos tienen asuntos como *Financiación aprobada* o *Donación recibida*. Llegan como pequeños milagros, la prueba de que tanto esfuerzo merece la pena.

Los malos... bueno, el que ahora mismo me fulmina con la mirada desde la bandeja de entrada se titula *Aviso de impago de suministros*.

Cierro el portátil antes de que el peso me caiga sobre los hombros. No es que por quedarme mirándolo los números vayan a reorganizarse en algo que pueda permitirme.

El gimnasio bulle al otro lado de la pared del despacho. Niños que discuten por el futbolín. Un balón de baloncesto que bota. Alguien se ríe tanto que le da hipo. Ese coro desordenado de caos seguro es lo que me mantiene en marcha cuando el cuerpo me pide derrumbarme.

También es la razón por la que no rechazo a CJ Morgan cuando llama suavemente a mi puerta abierta.

—Eh, jefa —dice, apoyando un hombro en el marco. Lleva la gorra del revés, con el pelo rizado asomándole por los bordes y la misma sonrisa chulesca de siempre, pero sus ojos... hay algo

deliberado en ellos. Calculador, como si de verdad hubiese pensado en lo que está a punto de decir.

Entrecierro los míos. —¿Has vuelto a llegar pronto? ¿Debería sospechar?

—Ya te lo dije, soy un hombre nuevo. —Se impulsa para separarse del marco y entra—. O al menos..., estoy en proceso.

—Qué alentador —digo con sequedad.

Se deja caer en la silla de enfrente sin preguntar. Típico. Pero en lugar de sus bromas habituales, se inclina hacia delante, con los antebrazos apoyados en las rodillas, y abandona toda su falsa fanfarronería. —¿Qué pasa?

Parpadeo, sorprendida de que sepa leerme tan bien y vea que estoy mal.

¿Se lo cuento?

—No puedo perder este sitio —suelto.

Se recuesta en la silla. —¿Tan mal está la cosa? —pregunta en voz baja.

—Sí —logro decir con un nudo en la garganta—. Dios... —Me froto los ojos, secando las lágrimas—. Abrir este centro juvenil ha sido mi sueño desde que era pequeña. Había uno cuando me crie en Maple Creek, pero cerró cuando yo tenía catorce años, justo cuando más lo necesitaba.

—¿Y qué pasó entonces?

Quiero dejar de hablar. Normalmente, soy cerrada y muy formal. Normalmente. Cerca de CJ, parece que me deshago.

—Ese fue el año en que murió mi madre. Mi padre trabajaba mucho, y no era... simplemente no era lo que yo necesitaba —le digo en voz baja.

—Lo siento, Olivia —dice con sinceridad.

Trago saliva con dificultad. —Los chicos necesitan este sitio, y siento que les estoy fallando. Nos hemos retrasado con los pagos de los suministros y quieren quitarnos el edificio. Yo es que..., ¿qué voy a hacer?

Guarda silencio un minuto antes de hablar. —Tengo una idea.

No estoy segura de si me llena la esperanza o el pavor. —¿Debería preocuparme?

—No, en serio. —Su sonrisa tira de la comisura de sus labios, pero la contiene—. La directiva me está presionando para que haga algo grande de relaciones públicas. Algo que grite: *Mirad, CJ no es un patoso de primera. Se preocupa por los demás.*

—¿Y te preocupas? —pregunto, cruzándome de brazos.

Sus ojos se encuentran con los míos, firmes. —Sí. Me preocupo.

Por un momento, el pecho me traiciona con un aleteo. Lo reprimo. —Sigue.

—Propondré una recaudación de fondos —dice—. Para el centro juvenil.

Parpadeo. —¿Tú... qué?

—Un evento benéfico. Algo público, llamativo, buena prensa para mí y dinero para ti. Además, así podemos pasar más tiempo juntos. —Su sonrisa regresa con toda su fuerza, seguro de haberme convencido—. Todos ganamos.

Lo estudio, buscando el truco. Siempre hay un truco. —¿Qué tipo de evento?

—Una noche de gala con los Thunder. —Extiende las manos como si fuera obvio—. Ropa elegante, donantes, cobertura mediática. A la gente le encantan las historias de redención, y a mí me encanta la barra libre. Todo el mundo contento.

El aleteo en mi pecho se convierte en algo más pesado. Dinero. Lo necesitamos desesperadamente. Una recaudación de fondos así podría mantenernos a flote durante meses.

Pero entonces añade, con demasiada naturalidad: —Y le dije a la directiva que llevaría pareja.

Alzo una ceja. —Enhorabuena. Seguro que hay un montón de mujeres haciendo cola...

—Les dije que eras tú.

Casi se me cae la mandíbula al suelo. —¿Perdona?

—Tú. Olivia Walker. Directora, santa, generala del ejército de portapapeles. —Su sonrisa es exasperante—. Tú y yo. Teniendo una cita. Por la causa.

Solo puedo mirarlo fijamente. —¿Que tú *qué*?

—Piénsalo. —Se echa hacia atrás como si fuera la cosa más fácil del mundo—. Haces que los donantes se interesen por tu centro

porque no pueden resistirse a la historia: el portero malote redimido por la heroína de pueblo. Yo consigo demostrar que no soy un completo desastre. La imagen de los Thunder mejora. Es perfecto.

—Es manipulador —replico.

—Es estratégico.

—Es ridículo.

—Es brillante.

Me aprieto la sien con los dedos. —No puedes simplemente..., esto no es...

—Los chavales ganan —dice en voz baja.

Y ahí está. Mi debilidad, expuesta como un nervio al aire.

Pienso en la factura de los suministros. En el orgullo de Bea al terminar su trabajo de lectura. En la sonrisa chulesca de Malik cuando encestó el último tiro con CJ animándolo como si hubiera ganado el oro.

Necesitamos dinero, necesitamos visibilidad, y CJ lo sabe.

Y a ti te apetece salir con él, susurra mi subconsciente.

—Eres imposible —mascullo.

—Ya me lo han dicho. —Se inclina hacia delante, sonriendo de nuevo.

—Pero no estamos saliendo —discuto—. Nadie se lo va a creer.

—Podríamos estarlo.

—No lo estamos —digo, intentando mantener desesperadamente una apariencia de profesionalidad entre nosotros.

—La gente se lo creerá. Todo saldrá bien —me asegura. Apoya los codos en las rodillas—. Entonces, ¿eso es un sí?

—Es un «quizás» a regañadientes —le digo—. Y solo porque el centro es lo primero.

—El «quizás» a regañadientes es mi tipo de sí favorito.

—Reglas básicas —suelto—. Necesitamos reglas básicas.

—No esperaba menos de ti.

—Nada de tocarse si no es estrictamente necesario, recordaremos que esto es solo un paripé, y te comportarás como un profesional.

Sonríe con superioridad. —¿Qué entiendes por profesional?

Lo fulmino con la mirada.

«Vale, vale». Levanta las manos. «Palabra de boy scout».

—Tú nunca has sido boy scout.

—Podría haberlo sido.

Suspiro, arrepintiéndome ya de cada decisión que me ha traído hasta aquí.

—Vale. Estamos fingiendo que salimos.

Ignoro la emoción que me recorre al oír esas palabras.

Se levanta, se toca la gorra como un ridículo vaquero, y luego se va, dejándome mirando el portátil, con el corazón latiéndome como si acabara de aceptar hacer malabares con cuchillos.

Esa noche, cuando los chicos se han ido y el centro está a oscuras, me siento en mi escritorio con el aviso de impago a mi lado.

Pienso en decirle que he cambiado de opinión. Necesito protegerme de su sonrisa, de su caos, de su habilidad para meterse bajo mi piel. Pero entonces me imagino a Malik encestando ese tiro. A Bea tecleando la conclusión de su trabajo con feroz determinación. A las hermanas con su proyecto de programación rosa y con purpurina.

Y sé con una certeza desoladora que no puedo echarme atrás.

Porque siempre pongo el centro por delante.

Porque en el fondo, sí que quiero acercarme al encantador portero.

Y porque quizás, solo quizás, CJ Morgan no es exactamente lo que yo pensaba.

CINCO

CJ

TODAVÍA NO ME puedo creer que haya convencido a Olivia para que siguiera mi loco plan. Estaba seguro de que me iba a rechazar de plano, pero me ha sorprendido. Parece que lo hace a menudo.

Me encanta.

No se ha abierto mucho a mí, pero por lo que sé de Olivia, es una buena persona. Es una gran trabajadora, alguien que haría cualquier cosa por los niños de su centro o por cualquiera que lo necesite.

Mi móvil pita con un mensaje. Maldigo cuando leo el mensaje de Declan y me doy cuenta de que llego tarde. Se supone que tengo que recoger a Olivia en diez minutos.

Me echo un último vistazo en el espejo, arreglándome el pelo y ajustándome la corbata y las mangas del traje. Y luego salgo por la puerta.

Olivia vive en la otra punta de la ciudad, más cerca del centro juvenil. El tráfico es más denso esta noche y maldigo al pillar otro semáforo en rojo.

Aparco delante del destartalado edificio de apartamentos de Olivia y salgo de un salto del coche. Corro hasta el portal, pulso el

botón del piso de Olivia. Un instante después suena el telefonillo, y entro corriendo y subo hasta la puerta de su apartamento.

No me da tiempo a llamar antes de que la puerta se abra y salga Olivia. Se me corta la respiración y me quedo en blanco.

Lleva un vestido de satén rosa pálido que se le ciñe a las curvas como un guante. Su pelo oscuro está recogido en una especie de moño. Ya se le han soltado algunos mechones que le enmarcan la cara y cuyas puntas le rozan los hombros. Hoy lleva tacones y está más cerca de mi altura.

La miro boquiabierto mientras cierra la puerta con llave y se vuelve hacia mí.

—Joder, Princesa Angelito —carraspeo, devorándola con la mirada.

Pone los ojos en blanco. —No me llames así —dice, pero lo hace sin ninguna convicción.

—Estás preciosa —le digo con sinceridad.

Se sonroja ligeramente. —Gracias. Tú también estás muy elegante —me halaga—. Vamos a llegar tarde.

—Cierto.

Le cojo la mano y bajamos a mi coche. Mi mano se posa en la parte baja de su espalda mientras le abro la puerta y la ayudo a sentarse en el asiento del copiloto.

—¿Necesitamos repasar las reglas básicas otra vez? —pregunta mientras me siento al volante y le cojo la mano de nuevo.

—¿Nuestras reglas para la cita falsa?

Me lanza una mirada.

—No, creo que las tengo todas dominadas.

—Se nota —dice con sequedad, levantando nuestras manos.

—Solo me estoy metiendo en el papel —le digo.

Suspira, pero no aparta su mano de la mía.

—¿Estás nerviosa? —le pregunto mientras nos dirigimos al evento benéfico.

—Un poco. No estoy acostumbrada a estos grandes… eventos —dice—. Se me dan mejor los niños o escribir cartas de subvención que las grandes fiestas.

—Lo harás genial. Nadie puede resistirse a ti.

Resopla. —No necesito que les guste yo. Solo necesito que quieran ayudar al centro juvenil.

—Lo harán —le prometo.

Llegamos a la entrada del evento, y me bajo, dándole las llaves al aparcacoches antes de ir a abrirle la puerta del copiloto a Olivia. En cuanto sale, le cojo la mano, entrelazando nuestros dedos.

—Respira hondo —le susurro mientras avanzamos por la alfombra roja.

Los flashes de las cámaras casi me ciegan, pero sigo sonriendo, con mis dedos entrelazados con los de Olivia. Siento que se tensa, y la atraigo hacia mi costado, rodeándole la cintura con el brazo.

—Respira —susurro—. Estoy contigo.

Asiente, inspira, lenta y temblorosamente, y luego se calma.

Buena chica.

El aire crepita con flashes y gritos.

—¡CJ! ¡Por aquí!

—¿Quién es tu acompañante?

Avanzamos por la línea. Respondo a las preguntas con la cantidad exacta de amenaza reformada que me ha pedido el de relaciones públicas, y cuando se dirigen a Olivia, ella suelta una frase redonda sobre los niños y la comunidad que podría financiar un ala entera en seis segundos. Las cámaras la adoran. Cómo no iban a hacerlo.

Avanzamos lentamente, sonriendo a las cámaras unos momentos más, y luego me giro y la conduzco al interior del edificio.

Dentro, el salón de baile está lleno de luces suaves y manteles relucientes. El logo de los Thunder brilla en el telón de fondo, detrás de una selección para la subasta silenciosa que incluye un fin de semana en una cabaña junto al lago, una camiseta del equipo firmada y, de forma inexplicable, una «clase privada de elaboración de pasta» donada por un restaurante que una vez me pidió que por favor dejara de devolver los cuencos como si fueran paradas.

—Qué bonito —dice ella, observándolo todo. Suena… impresionada. Quizá incluso esperanzada. Dios, quiero darle diez salas más como esta.

—¿Quieres dar una vuelta? —pregunto—. ¿Echar un vistazo a los donantes, fingir que juzgamos los canapés?

Una comisura de sus labios se contrae. —Jamás juzgaría los canapés.

Juzgamos los canapés.

—Tanto pâté —suspira Olivia, arrugando la nariz mientras otro camarero pasa con una bandeja de galletas saladas y pâté.

Me río, y cuando está distraída, la saco a la pista de baile. La banda ha empezado a tocar algo antiguo y suave, y no puedo resistir la oportunidad de tener a Olivia en mis brazos. Mi mano se posa en su cintura. Encaja ahí. Como si ese espacio estuviera hecho para ella.

Se tensa durante un instante y luego se derrite, y la confianza fluye como miel tibia. Su palma descansa en mi hombro, su otra mano se desliza en la mía, y juntos bailamos. La guío, pasos cortos, giros cercanos, suaves roces de nuestros cuerpos.

—Se te da muy bien fingir —murmura ella, con la mirada levantada, las pestañas un poco peligrosas.

—¿Quién ha dicho que esté fingiendo? —murmuro a mi vez.

Me lanza esa mirada, la que dice que sabe exactamente cómo pararme los pies, pero en el fondo no quiere hacerlo. Pasamos junto a un grupo de donantes, canosos, de dinero viejo, con un interés educado, y los señalo con la barbilla.

—A las tres en punto —digo—. Sus caras dicen que les encantan las primeras piedras y las dotaciones. Les venderemos la idea del legado.

—¿Puedes leer a los donantes? —pregunta, escéptica pero curiosa.

—Me gano la vida leyendo a los tiradores. —La guío en un giro lento—. Las mismas señales. Si se inclinan hacia delante, quieren comprometerse. Si se cruzan de brazos, necesitan que los convenzan. Si sonríen sin que se les arruguen los ojos, están siendo educados. Si preguntan a cuántos niños atendéis y añaden «a la semana», ya están calculando el impacto.

—No eres del todo inútil —dice.

—Casi se me para el corazón.

Intenta ocultar su sonrisa, pero la veo.

Terminamos la canción. Está sonrojada, los ojos brillantes, los labios entreabiertos. Quiero besarla en medio de esta pista con todas las cámaras grabando.

No lo hago. Soy un caballero.

Además, Logan anda por ahí, y su desaprobación podría arrasar una ciudad.

Damos la ronda. Yo brillo, pero Olivia… ella resplandece. Cuenta historias rápidas y vívidas de Bea y su «más conclusión», de Malik aprendiendo a enderezar los hombros, de las hermanas con el proyecto de rosa y purpurina, y los donantes se inclinan como si les estuviera dando algo de lo que no sabían que estaban hambrientos.

—Señorita Walker —dice una mujer con un vestido azul marino de pedrería, cogiendo la mano de Olivia entre las suyas—. De pequeña iba a un centro como el suyo. Gracias por hacer este trabajo.

La mirada de Olivia se suaviza. —Lo hacemos juntos —dice—. Nosotros, los niños, la comunidad.

Nosotros. Ha dicho «nosotros», y ha sonado como algo privado destinado a mí.

Cuando llegamos a las mesas de la subasta silenciosa, la empujo con el hombro. —Elige algo.

—No podemos pujar con los fondos del centro.

—¿Quién ha hablado de los fondos del centro? —Garabateo mi nombre en la clase de pasta porque soy un agente del caos, pero también porque quiero darle de comer una y otra vez hasta que se dé cuenta de que no tiene que hacerlo todo sola.

En nuestra mesa, empieza la subasta. Olivia se sienta a mi derecha, Declan a mi izquierda, Logan frente a nosotros, con cara de preferir estar en el área de castigo. Cuando su chica, Violet, se apoya en su costado, su rostro se suaviza mientras le sonríe. Deslizo mi mano sobre la rodilla de Olivia por debajo del mantel, trazando un pequeño círculo con el pulgar sobre el satén.

Me lanza una mirada, pero no me aparta la mano.

Me inclino, con la boca junto al lóbulo de su oreja. —Lo estás haciendo increíble —susurro—. Lo digo en serio.

—CJ —dice, con la respiración entrecortada.

—¿Mmm?

—Las reglas básicas.

—Cierto. Nada de tocamientos que no sean estrictamente necesarios. —Aprieto una vez y dejo la mano donde está—. Yo diría que esto es necesario. Para la moral.

Deja mi mano donde está. Lo considero una victoria.

Los lotes se suceden uno tras otro. Un día de spa de lujo, golf con una celebridad local y cena con el cuerpo técnico de los Thunder. El entrenador Pearson puja por cualquier cosa que le permita irse pronto, y lo saludo con la mano mientras intenta escabullirse.

Luego vienen los artículos de mayor valor. Le dije al de relaciones públicas que ofreceríamos un «Entrenamiento con el equipo», y un uno contra uno en el hielo contra mí; al público le encanta. Cuando baja la última paleta, estoy bastante seguro de que hemos recaudado suficiente dinero para mantener las luces encendidas y la calefacción funcionando durante un tiempo.

Olivia me aprieta los dedos bajo la mesa. Es rápido, apenas un roce, pero lo siento por todo el cuerpo.

El presentador nos invita a subir para un agradecimiento final. Olivia se acerca al micrófono, y la veo transformarse, de los nervios al acero y a la calidez en tres respiraciones.

—Esta noche no solo habéis donado a un edificio —dice—. Habéis donado tiempo. Tiempo para que un niño termine un trabajo del colegio. Tiempo para que un adolescente se sienta visto por un adulto que cree en él. Tiempo para que un padre o madre trabajador pueda respirar en el coche de vuelta a casa porque su hijo está a salvo. Gracias por comprarnos tiempo.

La sala se pone en pie. No es un aplauso lento. Es una ovación.

Olivia me mira, con los ojos brillantes. Deslizo mi mano en la suya y las levantamos juntos para las cámaras, para los donantes, para los niños que ni siquiera saben que esto está pasando, pero que lo sentirán un martes a las 4:17 de la tarde, cuando haya una merienda y un asiento y alguien esperando a escucharles decir lo que les duele.

Después de los aplausos, después de los apretones de manos y los «Hablamos el lunes», después de que Logan me dé un único y firme asentimiento que se traduce como «buen trabajo, idiota», y de que Declan sonría con suficiencia como si siempre hubiera sabido que yo no era un caso perdido, llevo a Olivia hacia la salida.

—¿Tienes hambre? —pregunto mientras salimos a la fresca noche.

Exhala, y sus hombros se hunden como si su propio vestido estuviera hecho de expectativas.

—Estoy… agotada —admite—. Felizmente agotada.

—Podemos dejar lo de la comida para otro momento —digo, sorprendiéndome a mí mismo. No quiero que la noche termine. También quiero hacer lo que me pidió: comportarme como un profesional, priorizar el centro y poner su comodidad en primer lugar —. Vamos a llevarte a casa.

En el coche, el mundo se silencia. No hay cámaras. No hay donantes. Su mano encuentra la mía de nuevo, como si lo hubiera hecho cien veces.

—Gracias —dice suavemente mientras las luces de la ciudad se deslizan por el parabrisas—. Por esta noche. Por… —hace un gesto que lo abarca todo—. Todo.

—Cuando quieras —digo, y lo digo en serio de al menos seis formas temerarias.

Aparcamos en su edificio. El aparcamiento está casi vacío, el letrero de neón de la pizzería de la misma calle zumba en la oscuridad. Apago el motor y me apresuro a abrirle la puerta porque mi madre me educó con modales, y también porque quiero una excusa más para tocarla.

Esta vez subimos las escaleras más despacio. Se apoya en la barandilla, con una mano en mi antebrazo para mantener el equilibrio. En su puerta, mete la llave en la cerradura y se vuelve hacia mí.

La luz del pasillo proyecta un pequeño halo sobre su pelo. Sus ojos están cansados pero brillantes. Su boca… Sí, soy hombre muerto.

—Buenas noches —dice, suave, formal y probablemente esperando que siga las reglas que la obligué a poner.

—Buenas noches —repito, metiendo las manos en los bolsillos para no buscarla como he estado deseando desde el primer chasquido de su tacón en el primer peldaño de la primera escalera.

Ladea la cabeza, leyéndome, siempre leyéndome. —¿CJ?

Doy un paso hacia ella, lo suficientemente lento como para que cambie de opinión, lo suficientemente rápido como para no hacerlo yo. Una mano en su cintura. La otra le ahueca la mandíbula, el pulgar trazando ese pómulo tan perfecto. Baja las pestañas. Me inclino, ella se pone de puntillas y nuestras bocas se encuentran.

Empieza como una promesa. Suave. Con cuidado. Un primer sorbo.

Entonces exhala contra mis labios, y olvido todas las reglas que han existido. Saboreo algo dulce, champán o ella, no lo sé, y profundizo el beso. Se abre, me deja entrar, sus dedos se enroscan en la solapa de mi chaqueta como si planeara quedársela. La beso como defiendo una portería en la prórroga. Concentración total, cero dudas, absolutamente seguro de que esto es lo único que importa mientras esté sucediendo.

Cuando por fin nos separamos, tiene las pupilas dilatadas, la respiración un poco agitada. Mi corazón late lo suficientemente fuerte como para que nos pongan una queja por ruido.

—Investigación —digo con voz ronca, porque soy un idiota y las bromas son mis salidas de emergencia—. Para el… fingimiento.

—Claro —dice, pero su voz está destrozada, y su mano sigue aferrada a mi chaqueta. No la suelta.

—Hemos recaudado mucho dinero —consigo decir, porque necesito recordarnos a ambos por qué hicimos esto—. Tú lo hiciste.

—Lo hicimos nosotros —corrige ella, alisando la tela que había arrugado.

Me inclino para darle un beso rápido y reverente en la frente porque no puedo evitarlo. —Duerme —le digo—. Mañana te enviaré un mensaje con el total.

—No me mandes un mensaje a las seis de la mañana —advierte, volviendo a ser la directora, mientras la chica que me ha besado se

oculta justo detrás de sus ojos.

—Ni se me ocurriría. —Doy un paso atrás antes de hacer algo como pedirle entrar y olvidar cómo irme.

Vuelve a meter la llave. Me mira por encima del hombro. —Buenas noches, CJ.

—Buenas noches, Olivia.

La puerta se cierra. El cerrojo hace clic. Me quedo mirando la madera como un lunático durante cinco segundos enteros y luego me giro, con las manos en las caderas, una sonrisa que no puedo reprimir extendiéndose por mi cara.

Bajo las escaleras con un brío que haría que mi fisioterapeuta me regañara. En el coche, me quedo sentado un minuto, con la frente contra el volante, y me río en voz baja para mis adentros como un hombre que acaba de salirse con la suya y está deseando volver a hacerlo.

Mi móvil vibra. El chat del equipo es un caos de fotos, cifras de donaciones y emojis de corazón de las esposas y novias. Un mensaje aparte de Logan que dice: *Orgulloso de ti. No hagas que me arrepienta.*

Le respondo con un pulgar hacia arriba y le escribo a Olivia.

CJ: *Has sido la estrella. La clase de pasta es nuestra. Ponte ropa que no te importe manchar de harina.*

Aparecen tres puntos. Desaparecen. Vuelven a aparecer.

Olivia: *Gracias por esta noche.*

Me recuesto, mirando el débil halo de la farola en mi parabrisas.

No estoy fingiendo, pienso. *Ni un poquito.*

Entonces meto la marcha y me dirijo a casa, oliendo a su champú y a champán, ya contando las horas que faltan para volver a ver a mi Princesa Angelito.

SEIS

Olivia

MI MADRE me grabó a fuego una regla antes de morir. Me dijo que no confundiera las chispas con el fuego. Las chispas son rápidas, ardientes y peligrosas. El fuego es constante y fiable, te da calor cuando las noches son frías.

Lo de anoche con CJ, ¿eso? Chispas. Suficientes para iluminar todo el maldito barrio.

Por eso me pasé el resto de la noche paseando por mi apartamento y recordándome la segunda parte de la regla. Las chispas te queman si te acercas demasiado.

No debería querer quemarme, pero algo en CJ me ha convencido de que podría gustarme. Qué diablos, podría valer la pena.

Me ha costado casi toda la mañana quitarme esa idea de la cabeza, y para cuando llego al centro juvenil esta tarde, me he convencido de que estoy bien. La gala ha terminado, los donativos han llegado y la crisis se ha aplazado. Él ha hecho su trabajo y yo el mío. Fin de la historia. No tenemos que fingir que salimos ni volver a interactuar tanto.

Salvo que, en cuanto entra por la puerta, los niños se arremolinan a su alrededor como si fuera Papá Noel con máscara de portero, y me descubro deseando poder hacer lo mismo.

—¡CJ, saliste en la tele! —proclama Malik, sosteniendo el móvil como si fuera una bandera de victoria—. ¡Bailaste con la señorita O! Lo vio todo el mundo.

Se me enciende la cara al instante.

—Malik...

—¿Os besasteis? —exige saber Bea, con los ojos como platos.

CJ se atraganta con la risa, con una mano en el pecho.

—Guau. Directa a la yugular.

—¡Responde a la pregunta! —insiste ella.

—No hubo besos —digo con firmeza, fulminando a CJ con la mirada—. Era trabajo.

—Qué rollo —masculla Bea, y se va saltando hacia la mesa de manualidades.

CJ se apoya en la pared, cerca de mí, con una sonrisa asomándole en los labios.

—Solo trabajo, ¿eh?

—Cállate —refunfuño.

Se ríe, con los ojos chispeantes de diversión, pero no insiste. Lo cual, de alguna manera, es peor.

—¿Ya has contado todos los donativos? —pregunta.

Asiento.

—Sí, tendremos suficiente para cubrir los gastos y el alquiler durante un tiempo. Un respiro.

—Bien. Entonces, ¿qué vamos a cenar esta noche, cielo?

—No me llames cielo —le advierto.

—Cariño.

—No.

—¿Calabacita?

—¡CJ!

—Ese es mi nombre, Princesita Ángel Bebé. Creo que llamarte así resultaría demasiado confuso.

—Oh, Dios mío.

Me alejo dando un pisotón, ignorando su risa mientras me voy.

Pasamos la primera hora ayudando a los niños con los deberes y, a pesar de mis esfuerzos, no dejo de lanzarle miradas furtivas.

En un momento dado, está agachado junto a Malik, desglosando un problema de matemáticas dibujando pequeñas porterías de hockey en el papel.

—¿Ves? Tres tiros a puerta, uno entra. Eso es un tercio. Zas. Fracciones.

Malik pone los ojos en blanco, pero lo escribe.

Más tarde, CJ se sienta a una mesa con Bea, escuchándola atentamente mientras ella le explica su historia sobre un dragón que regenta una pastelería. No la interrumpe, no se ríe; solo asiente y pregunta: «¿Cuál es el dulce favorito del dragón?», como si fuera la pregunta más importante del mundo.

Y yo… no puedo dejar de mirar.

No puedo dejar de desearlo.

Si soy sincera conmigo misma, me ha intrigado desde la primera vez que entró en mi despacho, y ese sentimiento no ha hecho más que crecer. Ya no es simple intriga o curiosidad. Él me *gusta*. Puede que incluso me esté enamorando de él.

¡No! me regaño a mí misma. *Es una locura. Apenas lo conoces.*

Cuando recogen a los niños y el gimnasio vuelve a quedarse en silencio, nos quedamos apilando sillas. El estrépito resuena con demasiada fuerza en la sala vacía.

—Bueno —dice con naturalidad—, probablemente deberíamos planear el seguimiento.

Lo miro.

—¿El seguimiento de qué?

—De la recaudación de fondos. Los de relaciones públicas quieren que mantengamos el impulso. Publicaciones en redes sociales, entrevistas, quizá otro evento —deja una silla en la pila con un ruido metálico—. Y también nuestra segunda cita. ¿Por qué no vamos a cenar y hablamos de ello?

Siento un vuelco en el estómago, una mitad de mí temiéndolo, la otra mitad emocionada por pasar más tiempo con él de esa manera.

—Ese no era el trato.

—Oye, yo solo soy el portero. No creo las jugadas, solo paro los tiros —se encoge de hombros—. Pero… podría ayudar al centro. Más donantes, más visibilidad.

Tiene razón. Maldita sea.

Me paso una mano por el pelo.

—Vale —digo, intentando con todas mis fuerzas mantener las cosas entre nosotros como hasta ahora.

—¡Genial! ¿Qué te apetece?

—No tengo hambre —le digo justo en el segundo en que me rugen las tripas, dejándome como una mentirosa.

—¿Pizza o hamburguesas?

Suspiro.

—Hamburguesas.

—¡Estupendo! Vamos.

Me coge de la mano y me arrastra fuera del centro, haciendo una pausa lo suficientemente larga como para que yo cierre las puertas, y luego nos ponemos en marcha de nuevo.

Me lleva hasta su coche y me abre la puerta del copiloto.

—Gracias —mascullo, y él asiente.

La hamburguesería está a la vuelta de la esquina, y podríamos haber ido andando, pero hace frío fuera, así que no discuto mientras nos conduce por la calle hacia el restaurante. Aparcamos y se apresura a abrirme la puerta de nuevo.

—Estás cargando un poco las tintas —le digo mientras me coge de la mano y me ayuda a salir del coche.

—No tengo ni idea de lo que hablas. Mis padres me educaron para tratar a una mujer con respeto.

—Ajá.

—¡Es verdad! —insiste—. Se revolverían en sus tumbas si no te abriera las puertas y te diera el beso de buenas noches.

—¡No dijeron que te diera el beso de buenas noches!

—Vale, eso quizá no.

—Espera… ¿fallecieron? —pregunto en voz baja.

Su sonrisa se apaga.

—En un accidente de coche cuando tenía veintiún años.

—Lo siento mucho, CJ —susurro.

—Gracias.

Me abre la puerta del restaurante, y aspiro el aroma a carne a la parrilla y pan recién horneado.

—Mesa para dos —le dice CJ a la recepcionista.

—Por supuesto —ronronea ella.

Me lanza una mirada asesina antes de echarse el pelo hacia atrás por encima del hombro y guiarnos a una mesa junto a la pared. CJ me coge de la mano y entrelaza nuestros dedos. Cuando lo miro, me sonríe feliz.

Siento mariposas en el estómago mientras le devuelvo la sonrisa. Me aprieta la mano y luego la suelta para poder retirarme la silla.

—Gracias.

Asiente y se deja caer en la silla de al lado.

—Deberíamos hablar del próximo evento —sugiero.

—Claro, después de pedir.

Me pasa una carta y la ojeo, decidiéndome por la clásica hamburguesa con queso y patatas fritas.

—¿Sabes cuándo será la recaudación de fondos? —pregunto, dejando la carta a un lado.

—Pronto. Hablaré con los de relaciones públicas para concretar los detalles mañana.

Llega la camarera y CJ me deja elegir primero antes de hacer su pedido. Una vez que la camarera se ha ido, se mueve, girando su cuerpo hacia mí y prestándome toda su atención.

No estoy acostumbrada a tener la atención exclusiva de nadie, y mucho menos de alguien tan atractivo como CJ. El pulso se me acelera y me humedezco los labios, de repente secos. Resulta ser una mala idea porque atrae la atención de CJ, y cuando sus ojos se clavan en mi boca, todo mi cuerpo arde en llamas.

—Bueno, háblame de ti.

—¿Por qué? —pregunto.

Sonríe débilmente.

—Debería saberlo por si alguien pregunta. Hay que mantener la farsa de la cita falsa, ¿no?

Respiro hondo.

—Nací aquí, en Maple Creek. ¿Y tú?

—En Chicago.

—¿Cuándo te mudaste?

—Me fui para la universidad. Fui a Michigan y me seleccionaron en el *draft*. Pasé un año en Nueva York antes de que me ficharan los Thunder aquí en Maple Creek.

—¿Te gustó Nueva York?

—Estuvo bien. No estuve mucho tiempo. ¿Y tú?

—Nací y crecí aquí. Me fui a la universidad en California, y luego volví aquí.

Frunce el ceño.

—¿No te gustó California?

Me encojo de hombros.

—Este es mi hogar.

—¿Y tu familia? ¿Algún hermano?

—No. ¿Y tú?

—No. ¿Cómo acabaste de directora de un centro juvenil?

—Siempre me han gustado los niños. Al principio quería ser profesora, pero cuando llegué a la universidad, las cosas cambiaron. Me acordé del centro juvenil de cuando era niña, así que cambié de carrera y decidí meterme en el sector benéfico y filantrópico.

—Qué guay. Muy noble por tu parte.

—Gracias —digo secamente—. ¿Y tú? ¿Siempre fue el hockey?

—Oh, sí. Mis padres decían que patinaba antes de aprender a andar. Volvía corriendo a casa, me ataba los patines y me iba a practicar. Mis padres tenían que gritarme para que entrara una vez que oscurecía.

—Puro amor —murmuro.

—Lo era. Y lo sigue siendo.

—Tienes suerte de haber sabido siempre lo que querías y de poder hacerlo cada día —le digo.

—Lo sé.

Nos traen la comida y ambos empezamos a devorarla. Hablamos de colores, estaciones y vacaciones favoritas. Me relajo mientras CJ me cuenta historias divertidas sobre su infancia y sus compañeros de equipo. Mi cerebro se desconecta de la preocupación por las facturas y las subvenciones y, por primera vez en una eternidad, me permito vivir plenamente el momento. Soy… feliz.

CJ paga la cuenta, se levanta, me coge de la mano y me lleva hasta su coche. Unos cuantos fans lo reconocen y se para a hacerse fotos y firmar autógrafos. Luego vuelve hacia mí y me abre la puerta del copiloto, ayudándome a sentarme.

—¿Adónde vamos? —pregunta mientras se pone al volante.

Me abrocho el cinturón de seguridad.

—Puedes dejarme en el centro.

—¿Tienes el coche allí? No vi ningún otro en el aparcamiento cuando nos fuimos.

—No, hoy he venido andando, pero puedo volver a casa andando.

Se burla.

—Ni hablar, Princesita Ángel Bebé.

—No pasa nada, y no me llames así —le recuerdo.

Niega con la cabeza, arranca el coche y sale marcha atrás del aparcamiento.

—¿Por dónde?

Le doy indicaciones para llegar a mi casa. Cinco minutos después, aparca enfrente y me desabrocho el cinturón rápidamente.

—Te acompaño hasta la puerta.

—Oh, no hace falta —insisto, pero él ya está saliendo del coche.

CJ me abre mi puerta y yo saco las llaves del bolso. Subimos en silencio los escalones de la entrada de mi edificio de apartamentos, y me sigue por las escaleras hasta el segundo piso.

—Gracias por lo de esta noche —le digo cuando nos paramos frente a mi apartamento—. Me lo he pasado bien.

—Cuando quieras.

Nos quedamos en silencio un minuto mientras meto la llave en la cerradura.

—¿No me vas a invitar a pasar?

Resoplo.

—Ni en sueños.

—Ah —dice, con fingida inocencia.

Dejo escapar una risa ahogada.

Su sonrisa se desvanece ligeramente mientras se inclina.

—Quería decírtelo antes… Estuviste genial anoche. Mejor que yo. Manejaste a esos donantes como si llevaras décadas haciéndolo.

Su cumplido me pilla por sorpresa.

—Es mi trabajo.

Niega con la cabeza.

—Es más que eso. Les hiciste creer. Me hiciste creer a mí.

La sinceridad en su voz me hace un nudo en la garganta. No sé qué hacer con CJ Morgan cuando está así, sin defensas y sincero.

—Tú también.

—Es un gran halago viniendo de ti, Walker —sonríe y luego ladea la cabeza—. ¿Quieres saber un secreto?

Enarco una ceja. —¿Debo?

—Estuve aterrorizado todo el tiempo.

—¿Tú? ¿Aterrorizado? —pregunto, sorprendida—. Pensaría que estarías acostumbrado a cosas así.

—Pues no, nunca estoy a gusto. —Se apoya en la pared, con los brazos cruzados—. Todo el mundo mirando, esperando a que la cague. No paraba de pensar: «¿Y si no soy capaz de hacerlo? ¿Y si te hago quedar mal?».

Siento un fuerte tirón en el pecho.

—No lo hiciste.

—Porque estabas tú ahí —dice, sin más.

Las palabras pesan más de lo que deberían. Trago saliva y aparto la mirada.

—No puedes decir cosas así.

—¿Por qué no?

—Porque difumina los límites —susurro.

Se acerca lentamente, como si estuviera probando el terreno.

—Quizá se supone que los límites deben difuminarse.

Niego con la cabeza. Mi pulso es un tambor en mis oídos.

—Olivia —dice, con la voz grave ahora, desprovista de toda jovialidad—. Dime que no lo sientes, y me alejaré.

El aire entre nosotros vibra, eléctrico e innegable. Debería decirle que no. Debería protegerme, pero cuando levanto la vista y me encuentro con sus ojos, la verdad se me escapa en un susurro.

—Lo siento.

Su mano roza la mía con vacilación y se me corta la respiración. Entonces… me besa.

No es un beso para la galería. Ni fingido ni cuidadoso. Es hambriento y suave a la vez, su boca captura la mía con una especie de reverencia que hace que me tiemblen las rodillas.

Me agarro a su camiseta como si necesitara algo a lo que aferrarme. Profundiza el beso, con una mano acunando mi nuca, y por un momento, olvido la regla de mi madre y todas las demás reglas que me he impuesto.

No puedo recordar por qué mantener la distancia con CJ me parecía una buena idea.

Su cuerpo se presiona contra el mío, todo líneas duras y piel caliente. Me hundo contra él, adorando la estabilidad que me transmite.

Gime, su lengua se desliza en mi boca, y me aferro a él con más fuerza, vertiendo cada gramo de sentimiento que hay dentro de mí en nuestro abrazo.

—Liv —gime contra mi boca.

Gimo, *de verdad* gimo, mientras lo atraigo de nuevo hacia mí.

Él vuelve encantado, devolviéndome el beso, sus manos deslizándose hasta mis caderas y apretando mientras me acerca más.

Estoy perdida en él, en nosotros, y no quiero encontrar nunca la salida. Por primera vez en una eternidad, estoy haciendo algo por mí, y sienta de maravilla.

Cuando finalmente nos separamos, estoy sin aliento, con el corazón desbocado.

—Probablemente esto sea un error —digo con voz ronca.

—Probablemente —admite, con la frente apoyada en la mía—. Pero es el mejor que he cometido nunca.

Asiento antes de poder evitarlo y, que Dios me ayude, lo beso de nuevo.

SIETE

CJ

ME APARTO lo justo para respirar, lo justo para ver sus labios hinchados por el beso. Tiene los ojos oscuros y un poco aturdidos.

—Ven a casa conmigo. —Las palabras se me escapan de la boca antes de que pueda placarlas contra el hielo.

Lo oigo en mi voz: grave, ronca y suplicante, como en un uno contra uno en solitario, e inmediatamente me preparo para la parada con el guante. Normalmente, aquí es donde una persona cuerda diría: «No, CJ, sé serio», y cerraría la puerta. Estoy convencido de que Olivia hará precisamente eso, y es probable que me haga retroceder en mi avance con ella.

En cambio, Olivia parpadea una vez, respira hondo y asiente. —Vale. Vamos.

Durante un instante, me quedo… mirándola fijamente. He recibido trallazos en las costillas con menos impacto que sus palabras.

—¿Sí? —carraspeo, porque mi cerebro es un hámster en una noria y el vocabulario parece un mito en este momento.

—Sí —dice con esa convicción serena que tiene cuando está a punto de levantar un edificio con sus propias manos.

Algo en sus hombros se relaja. Sus dedos siguen aferrados a mi chaqueta. Se los suelto con delicadeza para poder cogerle la mano y, que Dios me ayude, le beso los nudillos como si estuviera en una película en blanco y negro y ella fuera lo único en color.

Bajamos las escaleras a toda prisa y salimos a la calle, donde el aire frío muerde el calor que desprendemos. La acerco a mí mientras caminamos hacia mi coche. Me deja hacerlo, lo que parece otro pequeño milagro.

El trayecto en coche es silencioso, pero no incómodo. No está vacío. Está lleno. Nos cogemos de la mano, y mi corazón se acelera sin control mientras cruzamos la ciudad hasta mi apartamento. Las farolas proyectan luces estroboscópicas sobre su piel y no dejo de contener la respiración ante la curva de su mejilla, la línea de su cuello, la forma en que su boca está ahora suave, perezosa por los besos.

Mi edificio es completamente nuevo, todo ángulos limpios y llaveros de proximidad. Aparco en mi plaza del garaje subterráneo, corro a abrirle la puerta —porque, en efecto, mi madre me educó bien—, con el corazón latiendo como los tambores del calentamiento. En el ascensor, pulso el botón del último piso y me voy a la esquina opuesta como si intentara no acorralar a un animal salvaje asustadizo.

Olivia me enrolla los dedos en la solapa del abrigo y me acerca a donde ella quiere. —Más cerca —dice, con una voz suave como el pecado.

Voy. Por supuesto que voy.

Nos besamos hasta que el ascensor suena y las puertas se abren. Luego, nos dirigimos a mi apartamento.

Mi casa huele ligeramente a cedro y a detergente, como el apartamento de cualquier jugador de hockey que pasa la mitad de su vida colgando el equipo para que se seque y la otra mitad comprando velas para enmascarar el hedor del equipo de hockey. Unas ventanas que van del suelo al techo muestran Maple Creek salpicado de luces, con la pista a tres manzanas iluminada como una nave espacial.

Tiro las llaves sobre la consola, agradecido de repente por haber limpiado mi apartamento por puro estrés esta mañana. Por una vez, no me molesto en hacer una broma para aligerar el ambiente. Me quedo ahí, con las manos en las caderas, y me permito mirarla.

—Eres preciosa —digo, porque no decirlo me parece mentira.

Se apoya con una palma en la pared mientras se quita los zapatos. —Quítate la ropa.

Sonrío y me llevo las manos a la espalda para quitarme la camiseta por la cabeza y tirarla a un lado. Llevo el pelo hecho un desastre por sus dedos y por la noche. Ella se acerca, desliza la mano por mi pecho y me atrae hacia ella.

El pecho se me oprime de una manera que no tiene nada que ver con el sexo y todo que ver con ella. —¿Estás segura?

Levanta la barbilla. —Estoy segura.

La encuentro a medio camino.

Este beso es diferente. No es una pregunta. Es una respuesta. Se abre a mí como si lo hubiera deseado durante una semana, un mes, desde el segundo en que me apoyé en el marco de la puerta de su despacho y dije alguna estupidez para que pusiera los ojos en blanco. Mis manos encuentran la curva de su cintura, la cálida flexibilidad de su cuerpo allí, un cable de alta tensión bajo mis palmas. Tararea en mi boca, y me trago el sonido como si me estuviera muriendo de hambre.

Nos damos un golpe contra una consola, y una foto enmarcada del equipo amenaza con caerse de bruces. La enderezo torpemente sin romper el beso, porque hay prioridades. Luego la hago caminar hacia atrás, en dirección al salón y al gran sofá que ha visto mil siestas, cero mujeres y una semana de gripe horrible en la que vi cuatro temporadas de un programa de cocina y decidí que podía cocinar cualquier cosa a la plancha.

—Dormitorio —susurra contra mi boca.

—Sí, señora —respiro, y ella deja que la guíe por el pasillo.

Hay un momento justo antes de saltar al hielo en el que el aire cambia. Es más frío, más cortante, más afinado. Así es como me siento al cruzar el umbral de mi dormitorio con su mano en la mía. Enciendo la lámpara, y la habitación se llena de un brillo dorado.

Me vuelvo hacia ella y, de repente, me siento tímido. Yo. El tío que se bebió un batido de pesadilla por mil pavos. Me siento como si estuviera sujetando un disco que no puedo permitirme que se me caiga.

—No tenemos por qué…

—CJ —dice, y cada sílaba es una caricia—. Quiero hacerlo.

Empieza a desabrocharse los botones de la camisa. Mi chica. La inteligente y práctica Olivia. Dedos lentos, concentración cuidadosa. El dorso de sus nudillos me roza el pecho desnudo cuando doy un paso adelante, y mi respiración se vuelve entrecortada.

—Hola —digo, porque mi cerebro es un mapache con un objeto brillante, y el objeto brillante es ella.

Ella sonríe. —Hola.

Pongo las manos en la cremallera de sus pantalones y, por primera vez en mi vida, agradezco la coordinación mano-ojo que Dios otorgó a los porteros.

—Dime si hago algo que no te guste —le digo, intentando ocultar lo nervioso que estoy—. Dime si quieres que vaya más despacio, más deprisa, más, menos…

—Más —dice ella inmediatamente, con la voz entrecortada.

Le doy más.

Los vaqueros se deslizan por sus piernas con un susurro. Se los quita, y yo retrocedo porque tengo que verla. Es perfecta, toda piel pálida y curvas.

Se me seca la boca. Me sudan las manos. No puedo dejar de mirarla.

—Liv —digo, porque es la única palabra que queda en mi repertorio.

Me engancha los dedos en el cinturón y tira de mí hacia ella, su sonrisa se vuelve un poco pícara.

—Como sigas mirándome así, se me va a olvidar cómo respirar —dice.

—A mí también —admito, y entonces dejo de mirar y empiezo a tocar.

Nos tomamos nuestro tiempo sin tardar demasiado. Hay una dulzura en ello, su risa cuando suelto un taco porque su piel es más

suave que cualquier cosa que haya tocado, la forma en que dice mi nombre como un secreto, impregnado de un calor que arde sin cesar. Chispas, sí, pero también el comienzo de algo más lento y profundo. Un fuego latente que podría durar para siempre.

Caemos de espaldas en la cama y ambos soltamos un «uf» al aterrizar en el colchón. Olivia se ríe. Yo sonrío mientras la acerco y sello sus labios con los míos.

Se retuerce contra mí, se quita las bragas y las deja caer al borde de la cama. Luego se desabrocha el sujetador.

No puedo resistirme a mirarla entonces.

La pongo debajo de mí y me arrodillo entre sus muslos, contemplando sus curvas perfectas. —Preciosa.

Se sonroja ligeramente. —Tócame.

Mis manos encuentran sus tetas, y moldeo los globos lisos en mis palmas. Ella gime, arqueándose más cerca, y lo tomo como una buena señal. Mis dedos acarician sus pezones, convirtiendo los pequeños botones en picos rígidos. Olivia jadea debajo de mí, y oír sus reacciones sexi me hace arder cada vez más.

Mi polla es una tubería rígida en mis pantalones, y aprieto los dientes mientras se tensa contra mi cremallera.

—CJ —se queja Olivia.

Me inclino, rodeando uno de sus pezones con mis labios. Ella grita, sus dedos se enredan en mi pelo y me sujetan contra ella. Paso la lengua sobre la sensible yema, mis dientes rozan su piel y ella se retuerce contra mí.

—Más —ordena Olivia.

Asiento y paso a su otro pecho. Le presto la misma atención cuidadosa que al primero. Mi boca la adora hasta que se convierte en un manojo de nervios impacientes debajo de mí.

Olivia se restriega contra mí, y yo capto el mensaje, besándola por todo el estómago hasta llegar a acomodarme entre sus muslos gruesos. Su coño se extiende ante mí, y contemplo sus pliegues húmedos. Está empapada por mí, y mi orgullo se hincha ante su reacción.

Inclinándome hacia delante, hundo la cara en su dulce coño. Ambos gemimos mientras le doy un largo lametón por el centro. Su

sabor explota en mi lengua, y al instante estoy desesperado por probar más.

—¡Oh, Dios! —grita Olivia mientras le como el coño.

Mi lengua rodea su clítoris, y lo envuelvo con mis labios. Lo muevo con la lengua hasta que las piernas de Olivia se cierran alrededor de mi cabeza. Está cerca. Puedo oírlo en su forma de respirar, en cada temblor de su cuerpo.

Recorro con la lengua su centro y rodeo su estrecha abertura. Una, dos veces, y entonces se está rompiendo debajo de mí. Sus manos se retuercen en mi pelo, y grita mi nombre mientras se deshace.

Lamo su orgasmo, mi lengua desesperada por atrapar hasta la última gota.

—¡CJ! —grita Olivia, apartándose de mí.

—¿Sensible?

Ella asiente, respirando con dificultad. Vuelvo a subir por su cuerpo, lamiéndome los labios mientras la miro.

—Desnudo —dice, mirando mis pantalones.

Salto de la cama y me apresuro a quitarme lo último que me queda de ropa. Luego vuelvo a meterme entre sus piernas. Mi polla está a punto de entrar en su estrecha abertura, y nos miramos a los ojos.

—Última oportunidad para decirme que pare —consigo decir, flotando sobre ella, preparado, temblando como un novato a punto de jugar su primer partido.

—No pares.

Trago saliva. Mi control se rompe, y la beso mientras me deslizo lentamente dentro de ella. Está jodidamente apretada, y la sensación de su calor aterciopelado envolviendo la punta de mi polla hace que mis ojos se pongan en blanco.

Jadea cuando la embisto por completo, y me quedo inmóvil, mi mente luchando por asimilar lo que acaba de pasar y lo que acabo de sentir.

—¿Eres virgen? —suelto de repente.

Se sonroja. —No es para tanto —murmura.

La miro como si fuera idiota. —¿Que no es para tanto? ¡Joder, Liv! Si lo hubiera sabido, habría comprado champán, habría cubierto la cama y la casa de rosas.

—Odio el champán y las rosas.

Cierro los ojos brevemente. —Vale, habría traído una botella de moscato y un ramo de peonías.

Un pequeño ceño fruncido arruga su frente. —¿Cómo sabías que son mis favoritas? ¿Sabes qué?, da igual.

Se mueve debajo de mí, y yo maldigo. Ella se ríe, apretando su coño alrededor de mi miembro.

—Princesa Ángel Bebé —suplico mientras ella se balancea debajo de mí.

—Estoy bien, CJ. Ahora fóllame —ordena.

Soy incapaz de hacer otra cosa que no sea lo que me pide.

Empiezo a entrar y salir de ella, a un ritmo lento y de tanteo. Gime mi nombre, y juro que el sonido que hace va a vivir bajo mi piel para siempre.

Nos movemos juntos más rápido, encontrando un ritmo que parece natural, como si lleváramos toda la vida haciendo esto. Me envuelve tan apretada y caliente. Un hormigueo me recorre la espalda, y aprieto los dientes para no correrme demasiado pronto.

Necesito que esta noche sea buena para Olivia. Tiene que ser perfecta. Se lo merece. Se lo merece todo.

—¡Ahí! Justo ahí —gime Olivia.

Aprieto los dientes, inclinando las caderas para encontrar el punto dentro de ella que la hace aferrarse a mí. Su cuerpo se tensa bajo el mío, y todo su ser me aprieta. Su coño está prácticamente estrangulando mi polla, y me está costando todo no correrme.

Sus piernas se cierran alrededor de mis caderas y sus uñas se clavan en mis hombros mientras se acerca a su punto álgido.

—Más —gimotea, su agarre se hace más fuerte.

La embisto con más fuerza, inclinando la cabeza y besándola. La beso como una promesa, como una oración. Me corresponde beso por beso, caricia por caricia, y cuando creo que ya no puedo aguantar más, me rodea el cuello con los brazos.

—CJ… —jadea mientras se rompe.

Lo pierdo todo de la mejor manera posible, siguiéndola hasta el abismo. —Joder, Princesa Ángel Bebé.

Se atraganta con una risa mientras me dejo caer a su lado antes de que mis brazos fallen y la aplaste bajo mi peso. No nos movemos durante un buen rato. La habitación zumba, la lámpara arroja suaves halos en el techo. Mi corazón recupera poco a poco su ritmo normal y respiro hondo.

—Hola —digo de nuevo, porque al parecer ese es mi vocabulario postcoito.

Ella resopla una risa contra mi clavícula. —Ya has usado esa frase.

—¿Funcionó?

—Sí, funcionó —admite, con sus dedos dibujando patrones ociosos en mi pecho que garantizan absolutamente que nunca olvidaré esta cama, esta noche, o el camino exacto que esos dedos toman.

Al final, me giro para coger agua de la mesilla de noche y le doy un vaso. Me da las gracias, bebe un sorbo y deja el vaso en un posavasos porque, por supuesto, lo hace. Levanto el edredón y la acerco para que su espalda quede contra mi pecho, mi brazo pesado sobre su cintura. Se funde conmigo como si estuviéramos hechos del mismo molde y alguien acabara de acordarse de volver a unirnos.

—¿Estás bien? —murmuro en su pelo.

—Mmm —dice, y siento el sonido más que oírlo—. Estoy… más que bien.

Decido probar a ver qué tal me queda la honestidad. —Yo no he… —empiezo, y luego me detengo, un poco avergonzado por la verdad—. No traigo a nadie aquí.

—¿A tu apartamento?

—A la cama —digo—. Yo también era virgen.

—¿De verdad? —pregunta, con los ojos muy abiertos.

—Sí. Debería habértelo dicho.

—Sí. Yo también debería habértelo dicho.

Algo tierno parpadea en su rostro, algo que no estoy seguro de que sepa que está mostrando.

Caemos en un silencio cómodo. Al débil zumbido de la ciudad en el exterior se une el más suave de la calefacción al encenderse. Puedo sentir cada una de sus respiraciones donde mi palma descansa bajo sus costillas. Adentro. Afuera. Adentro. Afuera. Como el ejercicio más simple del mundo.

Un pensamiento se me viene a la cabeza mientras los ojos se me vuelven pesados. Es ridículo. Es precipitado. Es exactamente como funciona mi vida cuando algo por fin tiene sentido.

No quiero volver a dormir solo.

OCHO

Olivia

LO PRIMERO QUE percibo es calidez. Lo segundo es un peso. Unos brazos fuertes me rodean, pesados y firmes; un pecho presiona mi espalda; una respiración acompasada en mi nuca. Por un segundo delirante, me dejo llevar, saboreando el insólito lujo de no estar sola.

Y entonces la realidad me golpea de lleno.

CJ.

Abro los ojos de golpe y contemplo las sombras desconocidas de su dormitorio. Los recuerdos de anoche me inundan: su beso delante de mi piso, la forma en que me sorprendí a mí misma diciendo que sí cuando me pidió que fuera a su casa con él, el calor salvaje de nuestros cuerpos enredados hasta que caímos rendidos en un montón sudoroso y jadeante.

Estoy en su cama. Entre sus brazos.

El pánico me recorre la columna vertebral.

He hecho lo único que me había prometido no hacer. He difuminado los límites. Lo que empezó como una relación falsa para salvar el centro juvenil se ha convertido en algo mucho más complicado. Algo que no estoy segura de poder controlar.

Cierro los ojos con fuerza, con la mente a mil por hora. ¿Y si lo de anoche solo fue un lío para él?

Dijo que yo era su primera, pero ¿cómo es posible? ¡Vamos, míralo! Es un jugador de hockey profesional, guapo, encantador, acostumbrado a que las mujeres caigan rendidas a sus pies. Quizá esto sea normal para él. Quizá trae a mujeres aquí todo el rato. Quizá yo solo le venía bien.

La idea me revuelve el estómago. Porque para mí… no pareció algo casual. Sentí que las chispas se convertían en un incendio, por mucho que intentara sofocarlas.

CJ se remueve a mi lado y se acerca más, hasta que su boca me roza la curva del hombro. Su voz es áspera por el sueño cuando susurra: —Buenos días, Princesa Ángel Precioso.

El calor me inunda las mejillas al oír el apodo, pero antes de que pueda saltarle a la yugular, me planta un beso perezoso en la piel desnuda. El corazón me da un vuelco traicionero.

—Tengo que irme —suelto de sopetón, y me deslizo fuera de las sábanas antes de perder la capacidad de moverme. Cojo el vestido del suelo y me lo pongo, ignorando cómo me sigue con la mirada.

—¿Irte? —repite él, apoyándose en un codo.

Cometo el error de mirarlo. Craso error. Tiene el pelo revuelto y el torso desnudo. Cada músculo está esculpido por horas de entrenamiento, pero es la ternura de sus ojos lo que me desarma.

—Tengo que cambiarme e ir al centro —digo con brusquedad, alisándome el satén del vestido como si eso pudiera hacerme sentir menos expuesta—. El trabajo no para solo porque…

—¿Porque qué? —Su sonrisa es perezosa, cómplice—. ¿Porque has pasado la noche conmigo?

Lo fulmino con la mirada, pero sin mucha convicción. Es demasiado engreído, está demasiado a gusto consigo mismo. Mientras tanto, yo soy un manojo de nervios y dudas.

Aparta las sábanas y se pone de pie, estirándose. Me obligo a no quedarme mirando la forma en que los pantalones de chándal le cuelgan de las caderas, pero mis ojos me traicionan de todos modos. Me pilla mirándolo y sonríe con suficiencia.

—¿Ves algo que te gusta, jefa?

—Vístete —mascullo, cogiendo los zapatos.

Minutos después, me lleva en coche de vuelta a mi piso. Cuando se detiene junto a la acera, se inclina sobre la consola y me besa. Es un beso rápido, dulce, pero suficiente para dejarme un hormigueo en los labios.

—Te veo luego —dice.

Me quedo helada.

Luego. ¿Qué significa eso? ¿«Luego», como en «cuando finjamos ser novios para la prensa»? ¿«Luego», como en «en el centro juvenil donde técnicamente soy tu jefa»? ¿O «luego», como en «lo de anoche no fue solo un lío para él»?

No pregunto. Solo asiento y salgo del coche, con el corazón desbocado.

Trabajar, necesito trabajar, pienso mientras entro en mi piso.

Me doy una ducha rápida y me pongo ropa limpia. En menos de media hora, estoy saliendo por la puerta principal de camino al centro juvenil.

En cuanto entro, hay un millón de cosas en marcha y sonrío mientras me sumerjo en el trabajo. Respondo correos electrónicos, clasifico recibos de donaciones, resuelvo disputas sobre el futbolín y le recuerdo a Malik por tercera vez que los móviles van a la cesta durante la hora de los deberes. Cualquier cosa para evitar reproducir la sensación de la boca de CJ sobre la mía o la forma en que sus brazos encajaban a mi alrededor como si ese fuera su sitio.

Cuando el último chico ya ha sido recogido y el gimnasio está en silencio, estoy agotada. Guardo el portátil, lista para irme a casa y caer rendida en la cama, cuando llaman a la puerta de mi despacho.

—Pasa —digo, esperando a Jada o a uno de los voluntarios.

Pero es él.

CJ está apoyado en el marco de la puerta, sonriéndome como si tuviera todo el tiempo del mundo. Lleva la sudadera de los Thunder arrugada, el pelo húmedo por la ducha y está exasperantemente guapo.

El corazón se me sube a la garganta porque me doy cuenta de que estoy en un verdadero aprieto.

Me estoy enamorando del portero engreído.

NUEVE

CJ

—¿UN día ajetreado?

Olivia suelta un suspiro nervioso. —Sí, ajetreado, pero bueno.

—¿Puedo invitarte a cenar? —le pregunto con esperanza.

—Oh, eh…

—Venga. Tienes que comer.

Ella suspira y cede. Sonrío como si acabara de parar un gol y ganado el partido. Entonces, la cojo de la mano y salimos del centro juvenil.

Vamos a la pizzería de la esquina y nos sentamos en un reservado del fondo. Olivia coge una carta, pero yo me reclino en mi asiento. No puedo dejar de mirarla.

Mi invitación a cenar se suponía que iba a ser algo informal, una pizza, sin mucho en juego, nada que ver con la gala y los donantes pisándonos los talones. Solo ella y yo, metidos en un reservado con algo de comida entre nosotros, pero ¿Olivia Walker a la luz de las velas? Sí, nada de eso parece informal.

Me estoy enamorando de ella. Creo que me enamoré en el mismo instante en que la vi.

Ahora, ¿cómo consigo que ella se enamore de mí?

Nunca antes había intentado conquistar a una mujer, y ahora no tengo ni idea de lo que hago ni a quién recurrir en busca de ayuda. Ninguno de los otros chicos del equipo tiene pareja. Ninguno excepto Logan, y él tuvo suerte al ganarse a su chica, Violet.

—¿Qué tal el entrenamiento? —me pregunta Olivia, dejando la carta a un lado.

—Duro. El entrenador nos ha metido mucha caña. Tenemos que prepararnos para un partido este fin de semana.

—¿Es aquí en la ciudad o viajáis?

—Jugamos en casa. Deberías venir. Te conseguiré entradas.

Ella parpadea. —Oh, no hace falta que te tomes tantas molestias.

—No es ninguna molestia.

—Vale.

Sonrío. Progreso. Quizá mi plan de hacer que esto de la relación falsa sea real esté funcionando después de todo.

El camarero se acerca y pedimos una pizza grande de pepperoni. Cuando se va, me inclino hacia Olivia y le pregunto qué tal le ha ido el día.

Me cuenta que se ha puesto al día con el trabajo y que ha creado un nuevo presupuesto con el dinero recaudado anoche. Le pone tanta pasión que me descubro a mí mismo pendiente de cada una de sus palabras.

Nos traen la comida y cada uno nos comemos un par de porciones. Empieza a llover fuera, así que pago y salgo a acercar el coche a la puerta para que Olivia no se moje.

—Gracias —dice cuando se desliza en el asiento del copiloto.

—De nada. ¿Adónde vamos? —pregunto, apartándome del bordillo.

Ella reprime un bostezo. —A mi casa.

Conducimos de vuelta a su apartamento en un silencio cómodo. Mi mano encuentra la suya y ella sonríe ligeramente, relajándose mientras entrelazo nuestros dedos.

—Sabes, en realidad nunca he visto tu casa —digo mientras me detengo en el bordillo de enfrente.

—No hay mucho que ver.

—Mmm, me gustaría juzgarlo por mí mismo.

Olivia me mira por el rabillo del ojo y suspira. —¿Quieres subir?

—Claro, me encantaría —digo con voz cantarina.

Ella se ríe, poniendo los ojos en blanco mientras sale del coche y corre bajo la lluvia hasta la puerta del portal. La abre y ambos nos apresuramos a entrar.

Se me acelera el pulso mientras subimos las escaleras. Abre la puerta y yo entro, observando el pequeño espacio que resulta tan ella. Montones de propuestas de subvención sobre la mesa. Una vela que huele a vainilla y determinación. Una estantería que ha visto días mejores, pero atestada de novelas con las esquinas dobladas y archivadores con etiquetas como *Ideas para recaudar fondos* y *Horarios de tutorías*.

—Bonito —digo sinceramente—. Acogedor. Parece... un hogar.

—Lo es. Por ahora. —mira su piso con ojo crítico.

No puedo resistirme más a ella. Doy un paso hacia ella y luego otro, acortando la distancia rápidamente.

Ella me mira, y yo espero alguna señal de que quiere esto. Cuando se humedece los labios, dejando escapar una exhalación temblorosa, me lanzo y la beso. Lento al principio, a modo de prueba. Ella suspira contra mi boca y me devuelve el beso, y pienso: «sí, esto, esto es todo lo que quiero».

Entonces se aparta, apoyando las palmas de las manos contra mi pecho. —CJ, espera, tenemos que hablar.

Esas tres palabras son el equivalente en hockey a oír la bocina justo antes de lanzar un penalti. Se me encoge el estómago.

—Uh, oh —digo a la ligera, intentando bromear, pero la forma en que desvía la mirada me dice que esta no es una conversación para bromas.

Me siento en el borde de su sofá, con el corazón latiéndome en los oídos. —Vale. Dispara.

Ella se queda de pie, abrazándose a sí misma. —No sé qué es esto —admite en voz baja—. Nosotros. Esta… cosa entre nosotros. Empezó como una relación falsa por relaciones públicas, y ahora… —niega con la cabeza—. Ahora no parece falso, y eso me asusta.

Por una vez, no intento convencerla de lo contrario con mi encanto. En lugar de eso, me levanto, acorto la distancia entre

nosotros y la rodeo con mis brazos. Se tensa un instante y luego se derrite entre mis brazos como si siempre hubiera estado destinada a estar aquí.

—No es falso —murmuro contra su pelo—. Para mí no lo es. Ni un solo segundo. Me estoy enamorando de ti, Liv. Joder, ya me he enamorado. Esa es la verdad.

Se le entrecorta la respiración. Echa la cabeza hacia atrás, con los ojos brillantes como si estuviera luchando consigo misma. Entonces, con un hilo de voz, dice: —Para mí tampoco es falso.

El alivio me inunda como una parada limpia. Le acuno la mandíbula, inclino su cara hacia la mía y la beso de nuevo, esta vez más profundamente, con todo lo que me he estado guardando. Ella me devuelve el beso con la misma sinceridad desesperada y sé, sin lugar a dudas, que las barreras han desaparecido.

Esto es real.

Nosotros somos reales.

Menos mal, joder.

DIEZ

Olivia

LOS LABIOS de CJ se estrellan contra los míos y al instante me veo arrastrada por su corriente. Sus fuertes brazos me rodean la cintura y me aprieta contra su duro cuerpo.

En cuanto nos apretamos el uno contra el otro, nos invade el frenesí. Las manos tiran de la ropa mientras avanzamos a trompicones hacia mi dormitorio. Mi apartamento no es ni de lejos tan grande como el de CJ y no tardamos nada en caer en la cama.

—Desnudo. Ahora —jadeo.

Se aparta de mí mientras se quita la camiseta de un tirón. Yo me quito la mía y lo miro mientras se retuerce para quitarse los pantalones.

—¡Cuidado! —le advierto, pero es demasiado tarde.

Rueda y se cae por el lado de la cama. Suelto un grito ahogado y corro a ver cómo está.

—Estoy bien. Desnúdate —dice, poniéndose en pie de un salto.

Salta a la pata coja, arrancándose los bóxeres y los zapatos a la vez. No sé si preocuparme por él o divertirme con su torpe estriptis. Parece que está bien, así que decido divertirme.

Me desabrocho el sujetador y lo dejo caer. Luego me quito los pantalones y las bragas.

Terminamos de desnudarnos a la vez y nos abalanzamos el uno sobre el otro y sobre la cama. Las manos de CJ me recorren entera y gimo mientras lo pongo boca arriba y me siento a horcajadas sobre él.

—Joder, Princesa Ángel Bebé. Nunca me cansaré de verte desnuda —dice, con los ojos oscuros y llenos de lujuria.

—Bien. —Le beso el pecho y voy bajando por su cuerpo lamiendo, mordisqueando y besando.

—Joder, joder, joder —sisea cuando me tumbo entre sus fuertes muslos.

Su polla está dura y se balancea frente a mi cara.

Me lamo los labios y él suelta un taco tan brutal que por un momento me preocupo. —¿Estás bien?

—No tienes ni idea de lo que me provoca verte así, delante de mi polla.

—Creo que empiezo a hacerme una idea —le digo mientras le rodeo la verga con la mano y le doy un par de bombeos de prueba.

—Vale, ven aquí —dice, intentando agarrarme.

—¡No he terminado! —protesto.

—Liv, estoy a punto de correrme y de quedar en ridículo.

—Me pone que me desees tanto.

Él gime y se frota la cara con las manos. —Pues dentro de un minuto te voy a poner *muchísimo*.

Sonrío con suficiencia, me inclino hacia delante y le rodeo la polla con la boca.

Solo me cabe la mitad en la boca, pero eso no parece molestarle a CJ en absoluto. Él gime, los músculos de sus muslos se contraen con cada lametón de mi lengua y cada movimiento de mi boca.

Tarareo alrededor de su polla, el sonido vibra a su alrededor, y él aprieta las sábanas, retorciéndolas mientras lucha por contener su orgasmo.

—¡Liv! ¡Liv! —advierte—. Joder.

Nuestras miradas se cruzan y sé que está a punto de correrse.

Le suelto la polla con un chasquido y lo miro por debajo de las pestañas. —Llénname la boca.

Él suelta un taco cuando vuelvo a rodearle la polla con los labios y, tras unas pocas succiones más, CJ se derrama en mi garganta con un rugido.

Me trago su corrida y me aparto para sonreírle. —¿Qué te ha parecido?

Me mira conmocionado. —Mejor que todas las fantasías que he tenido.

Me lamo los labios y CJ se mueve con rapidez, mostrando su atletismo natural al agarrarme, arrastrarme por su cuerpo y ponerme debajo de él.

—Te necesito —gruñe.

Abro más los muslos a modo de invitación, y él embiste dentro de mí de un solo y duro golpe. Ambos gritamos cuando toca fondo dentro de mí. Le rodeo los hombros con los brazos y me aferro a él mientras empieza a moverse.

—Qué. Mojada. Qué. Jodidamente. Caliente —dice, marcando cada palabra con una embestida de sus caderas.

—Oh, Dios —jadeo.

Apoyo las manos en el cabecero y mis caderas se alzan para recibir cada una de sus embestidas. Su mano se desliza por mis piernas, acariciándolas, y luego me agarra los tobillos y los apoya en sus hombros. La nueva postura le permite hundirse más, tan profundo que no sé dónde acaba él y dónde empiezo yo.

—¡Joder! —grito mientras toca fondo dentro de mí una y otra vez.

Se inclina hacia delante y me besa mientras nos frotamos. Desliza la mano entre nuestros cuerpos hasta que encuentra mi clítoris. Me lo frota con el pulgar y contengo la respiración bruscamente.

—Dios, puedo sentir que estás a punto de correrte —dice CJ con voz entrecortada.

—A punto. Muy, muy a punto…

Me hago añicos mientras él se restriega contra mí y lo oigo gritar mi nombre mientras se corre conmigo. Mi cuerpo se tensa con la fuerza de mi orgasmo y aprieto los ojos con fuerza mientras llego al clímax.

—Joder —gruñe CJ, girándose de costado.

Parpadeo para abrir los ojos y mis músculos se relajan uno a uno.

—Mmm —murmuro, girándome de costado para mirarlo.

Me rodea con sus brazos y me aprieta contra él. Nos quedamos en silencio unos minutos, disfrutando del resplandor poscoital. Sus dedos me acarician la espalda y me relajo contra él.

—¿Olivia? —De repente, la voz de CJ suena nerviosa.

—¿Mmm? —ladeo la cabeza para mirarlo a los ojos.

—Olivia, yo… te quiero.

Sus palabras me pillan por sorpresa. Por primera vez desde que lo conocí, parece vulnerable. Mi mente se revuelve en busca de algo que decir. ¿Qué hago? ¿Qué siento por CJ?

La respuesta está ahí antes de que pueda terminar ese pensamiento. Yo también lo quiero. Lo he querido desde que entró en mi despacho. Bueno, quizá no tan pronto, pero empecé a enamorarme de él entonces. Es tan bueno con los niños. Me hace salir de mi pequeña burbuja. Me ayuda y escucha mis problemas. Es amable, divertido y encantador. Es todo lo que no sabía que necesitaba.

Estamos hechos el uno para el otro, me doy cuenta. Yo le aporto estabilidad y él me empuja a divertirme. Había olvidado cómo hacerlo antes de él.

Me mira fijamente mientras recupero el aliento y me lamo los labios.

—Yo también te quiero.

Su sonrisa es tan brillante que casi me ciega. Entonces, vuelve a besarme. Gimo, derritiéndome en él. Cuando salimos a tomar aire, yo también sonrío como una loca.

—¿Y ahora qué? —le pregunto.

Él sonríe con suficiencia. —Bueno, tengo una idea.

Me río. —¿Es sexo? —pregunto, moderando el entusiasmo de mi tono para no parecer una chica salida.

Se acerca más en la cama y me besa la nariz. —No. Bueno, ahora sí.

—¿Cuál era tu idea? —pregunto mientras él me acaricia el cuello con la nariz, besando un camino hasta mi clavícula.

—Te lo diré más tarde —murmura contra mi piel.

Sonrío. *Me parece bien.*

ONCE

CJ

—Y BIEN, ¿cuál era tu idea? —pregunta Olivia mientras entramos en el aparcamiento del centro juvenil.

—Ah, ¿te refieres a mi genial idea? —pregunto con una sonrisita. Ella pone los ojos en blanco, pero veo que reprime una sonrisa.

—Sí, tu genial idea —dice ella, inexpresiva, mientras salimos de mi coche.

La cojo de la mano mientras nos dirigimos a la puerta. —Bueno, creo que deberías mudarte conmigo y que deberíamos pasar todo nuestro tiempo juntos.

—Sabes que los dos tenemos trabajo, ¿no?

Suspiro. —Vale, pues todo nuestro tiempo *libre* juntos.

—¿Y no crees que todo esto es demasiado precipitado?

—Bah —resoplo mientras le abro la puerta y la sigo hasta su despacho.

—Me lo tomaré como un no.

—No es demasiado pronto. Estamos enamorados, crees que soy increíble y eres mi Princesa Ángel Bebé.

Ella suspira. —Tienes que dejar de llamarme así.

Niego con la cabeza. —Jamás.

—Estás loco.

—Y me quieres a mí y a mi locura.

Ella se limita a sonreír.

Me siento frente a ella mientras enciende el portátil y empieza a revisar sus correos electrónicos.

—Espera. ¿Qué? —susurra Olivia, acercándose a la pantalla.

—¿Qué?

—Anoche recibimos un montón de donaciones.

—Eso es bueno.

—Pero *muchísimas*.

—Sigo sin verle el problema. —Cojo un caramelo de su escritorio y me lo meto en la boca.

—No es un problema. Pero... esta donación, la más grande... es de alguien llamado Cameron.

—Mmm —digo sin comprometerme.

—No sabrás nada de eso, ¿verdad?

Le pongo mi cara más inocente. —Nop.

—Mentirosillo.

Me encojo de hombros. —¿Te enfadas porque he donado dinero a una buena causa?

Se muerde el labio inferior. —No, es que... No tenías por qué hacerlo.

—Lo sé. Quería hacerlo.

—Gracias —dice en voz baja.

Asiento. —También quiero ayudarte a planificar la próxima recaudación de fondos. Y ayudarte a mudarte conmigo.

Mi móvil vibra y veo un mensaje de Logan recordándome que el entrenamiento empieza en veinte minutos. —Mierda, me tengo que ir. ¿Pero te veo luego? Traeré cajas.

—¡Nunca he dicho que sí a mudarme contigo! —replica.

—Tampoco has dicho que no, así que... —Me inclino sobre su escritorio y le doy un beso en los labios antes de girarme hacia la puerta—. ¡Nos vemos después del trabajo, cariño! —grito por encima del hombro al salir.

La oigo reír y sonrío mientras me dirijo a mi coche. Voy al entrenamiento, silbando mientras entro en el vestuario a cambiarme.

—Alguien está de buen humor —me vacila Declan mientras se ata los patines.

—¡Pues sí! Tengo a la chica de mis sueños y se va a mudar conmigo.

—Eso ha sido rápido —comenta Logan.

Niego con la cabeza. —No es rápido cuando se siente que es lo correcto. Además, tú no puedes hablarme de rapidez. Ya vivías con Violet antes siquiera de que fuerais pareja. Así que tú fuiste más rápido que yo.

—¡Era mi compañera de piso! —afirma Logan, y luego niega con la cabeza, decidiendo no discutir conmigo.

Me vuelvo hacia Declan. —Tú eres el siguiente.

Me fulmina con la mirada. —Ni de coña.

Me río. —Eso mismo pensaba yo, y entonces conocí a Olivia. A ti te pasará lo mismo.

Él gime. —Estás como una cabra.

—Haz caso a mi advertencia —digo con mi mejor imitación de Gandalf.

—¡Salid al hielo! —grita el entrenador mientras sale del vestuario.

Me apresuro a atarme los patines y me uno al equipo.

El entrenamiento es brutal, pero no me importa. No puedo dejar de sonreír. Hoy todo parece mejor, y sé que es porque Olivia es mi chica. Me quiere, aunque esté loco y sea impulsivo. Y yo la quiero más que a nada.

Nunca pensé que me alegraría por un castigo, pero tragarme esa bebida asquerosa fue la mejor decisión de mi vida porque me llevó hasta Olivia.

Cuando termina el entrenamiento, salgo corriendo del hielo, ansioso por volver con mi chica y discutir mi gran plan de que vivamos juntos.

DOCE

Olivia

CINCO AÑOS DESPUÉS…

MAPLE CREEK TIENE una forma particular de marcar el paso del tiempo.

No en horas ni en estaciones, sino en lo que se ha construido y lo que se ha salvado. Hace cinco años, el centro juvenil era una caja de ladrillos a punto del desahucio, un sueño que sobrevivía a base de agallas y plazos de subvenciones. Hoy es un edificio con un ala nueva, un mural que decora la pared este y un nombre grabado en acero sobre la entrada. El Centro Walker-Morgan para la Juventud.

Todavía me sonrojo al pasar por debajo. CJ jura que fue idea de la junta, pero sé que él metió mano en todas las conversaciones que lo hicieron posible.

Me recibe en la puerta esta mañana, con los patines colgados de un hombro y la gorra de los Thunder del revés, como si los años no le hubieran enseñado a ponérsela bien. Lleva el pelo más largo, con algunas canas en las sienes, y su sonrisa es la misma sonrisa descarada que, para empezar, nos trajo hasta aquí.

—¿Ha acabado la reunión de la junta? —pregunta, inclinándose para darme un beso rápido y natural, como si fuera oxígeno.

—Han aprobado el presupuesto para el arte —le digo, levantando la carpeta—. Los chicos están votando el tema del próximo mural. Ahora mismo hay un empate entre «el espacio exterior» y «dragones que hornean galletas».

—Dragones en el espacio que hornean galletas —dice al instante —. De nada.

Me río. Hay cosas que nunca cambian.

Dentro, el edificio bulle de actividad. En la nueva sala de ordenadores, los chicos trabajan en proyectos de programación. Un grupo de teatro ensaya una obra en la sala multiusos. Ezra, que sigue siendo el mago de nuestra cocina, reparte aperitivos a una fila de adolescentes que lo llaman «chef» como si fuera un título nobiliario. El lugar entero rebosa una vida que no me habría atrevido a imaginar hace cinco años.

Paso por la sala de tutorías y ahí está Malik, con diecisiete años, metro ochenta de altura, todo envergadura y chulería, ayudando a un alumno de secundaria con álgebra. Bea está sentada en la mesa de arte, dibujando viñetas para la novela gráfica que jura que un día será un superventas. Me saluda con la mano cuando me ve y luego señala a CJ.

—¡Señor Morgan! ¡Prometió hacer ejercicios de portero después de la merienda!

—Nunca rompo una promesa —responde CJ a voces, tirando ya de sus cordones.

Sigue jugando para los Thunder, sigue haciendo paradas que me obligan a morderme el labio en las gradas, pero el papel de marido-voluntario-castigado-con-servicios-a-la-comunidad es el que más le ha calado. Creó un programa en el que los chicos juegan en el hielo de los Thunder una vez al mes. Empezó un fondo de becas con su promesa de donar por cada parada que ya ha enviado a tres graduados a la universidad. Sigue siendo un fanfarrón en las entrevistas y un imán para la atención, pero las cámaras ya no me molestan. Porque ahora, cuando lo siguen, también acaban aquí.

A las cuatro, el entrenamiento se desborda en la nueva pista del gimnasio. Los chicos botan, pasan y tiran. CJ arbitra con su caos habitual, fingiendo que un niño de doce años le hace un lío y provocando las carcajadas de todo el grupo. Yo me quedo en el borde, con el portapapeles olvidado, sin hacer más que observar. Observándolo a él. Observándolos a ellos. Observando cómo la vida por la que luchamos ocupa su espacio como si siempre hubiera sido suyo.

Me guiña un ojo cuando nuestras miradas se cruzan y luego se deja «taponar» por un chico que le saca dos cabezas. Cae de forma aparatosa, despatarrado en el suelo, con los brazos extendidos como si lo hubieran matado. La sala estalla en risas.

Hace cinco años, ese hombre entró en mi despacho, engreído, sonriente y condenado a servicios comunitarios. Esta noche, volverá a casa conmigo y, cuando lleguemos, verá la sorpresa en la encimera de la cocina. La que he preparado para decirle que estoy embarazada. Por fin.

Llevamos un año intentándolo sin suerte, pero la semana pasada me dieron la noticia. Estoy deseando verle la cara. Tengo unas ganas locas de hacer planes con él y empezar este nuevo capítulo de nuestras vidas.

Hace cinco años, me dijo que quería aquello que me daba miedo. Hoy sé que tenía razón, porque a veces la mayor apuesta que haces en la vida no es perder.

Es permitirte ganar.

Cierro la carpeta, me la meto bajo el brazo y camino hacia él mientras se levanta, negando con la cabeza en señal de falsa derrota. Sigue sonriendo cuando se reúne conmigo a medio camino, con el pelo sudado y la alegría en los ojos.

—¿Dragones en el espacio, eh? —digo.

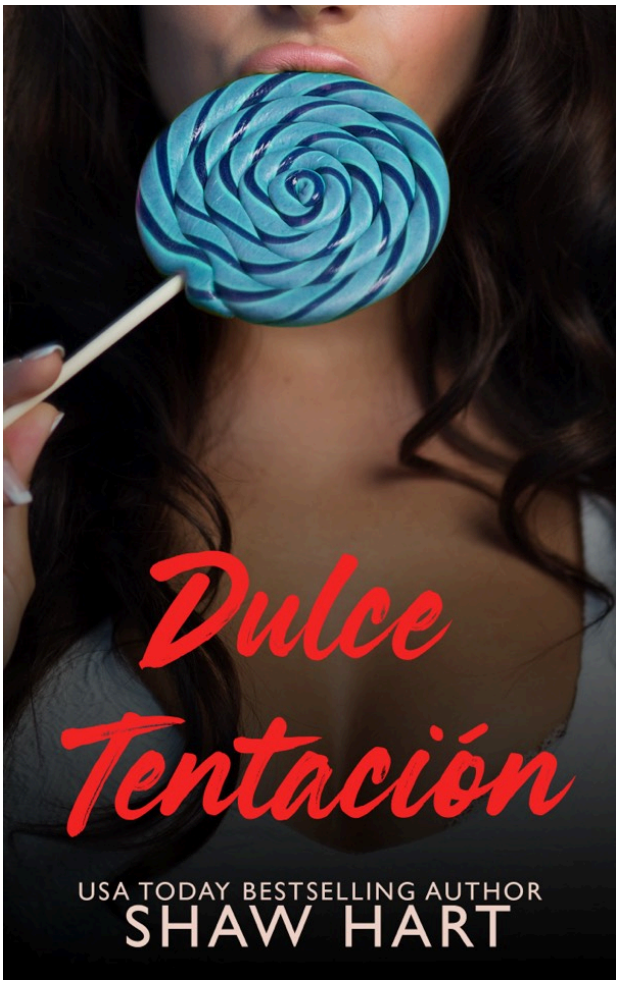
—Dragones en el espacio que hornean galletas —me corrige, rodeándome la cintura con un brazo—. Jugar a largo plazo, jefa. Siempre a largo plazo.

Y juntos, vamos a por todas.

¿Quieres más de la historia de Olivia y CJ? ¡Pues no te pierdas esta escena extra!

¿BUSCAS MÁS LIBROS EN ESPAÑOL? **¡Échales un vistazo aquí!**

WANT A FREE BOOK?



You can grab Dulce Tentación Here.

Check out my website, www.shawhart.com for more free books!

ACERCA DEL AUTOR

CONNECT WITH ME!

If you enjoyed this story, please consider leaving a review on Amazon or any other reader site or blog that you like. Don’t forget to recommend it to your other reader friends.

If you want to chat with me, please consider joining my VIP list or connecting with me on one of my Social Media platforms. I love talking with each of my readers. Links below!

Website
Newsletter

SERIES BY SHAW HART

Cherry Falls

803 Wishing Lane

1012 Curvy Way

Eye Candy Ink

Atlas

Mischa

Sam

Zeke

Nico

Eye Candy Ink: Second Generation

Ames

Harvey

Rooney

Gray

Ender

Banks

Fallen Peak

A Very Mountain Man Valentine's Day

A Very Mountain Man Halloween

A Very Mountain Man Thanksgiving

A Very Mountain Man Christmas

A Very Mountain Man New Year

Folklore

Kidnapping His Forever

Claiming His Forever

Finding His Forever

Rescuing His Forever

Chasing His Forever

Folklore: The Complete Series

Holiday Hearts

Be Mine

Falling in Love

Holly Jolly Holidays

Love Notes

Signing Off With Love

Care Package Love

Wrong Number, Right Love

Kings Gym

Fighting Fire With Fire

Fighting Tooth and Nail

Fighting Back From Hell

Mine To

Mine to Love

Mine to Protect

Mine to Cherish

Mine to Keep

Mine to: The Complete Series

Sequoia: Stud Farm

Branded

Bucked

Roped

Spurred

Sequoia: Fast Love Racing

Jump Start

Pit Stop

Home Stretch

Telltale Heart

Bought and Paid For

His Miracle

Pretty Girl

Telltale Hearts Boxset

OTRAS OBRAS DE SHAW HART

Still in the mood for Christmas books?

Stuffing Her Stocking, Mistletoe Kisses, Snowed in For Christmas, Coming Down Her Chimney

Love holiday books? Check out these!

For Better or Worse, Riding His Broomstick, Thankful for His FAKE Girlfriend, His New Year Resolution, Hop Stuff, Taming Her Beast, Hungry For Dash, His Firework

Looking for some OTT love stories?

Her Scottish Savior, Baby Mama, Tempted By My Roommate, Blame It On The Rum, Wild Ride, Always

Looking for a celebrity love story?

Bedroom Eyes, Seducing Archer, Finding Their Rhythm

In the mood for some young love books?

Study Dates, His Forever, My Girl

Some other books by Shaw:

The Billionaire's Bet, Her Guardian Angel, Falling Again, Stealing Her, Dreamboat, Making Her His, Trouble